

VALERIAM ÉMAR

Me enamore
de mi mejor
Amigo

**ME ENAMORE DE MI
MEJOR AMIGO**

Valeriam Émar

A Él, mi amigo, todas las menciones

Título: Me enamore de mi mejor amigo

Copyright © 2017 Valeriam Émar

Primera edición

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, fotocopias o difusión a través de internet sin autorización previa del autor, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

ÍNDICE

PRÓLOGO

1. ENTREVISTA

2. SUEÑO SIN PREVIO AVISO

3. UN BRINDIS POR LA AMISTAD

4. LUZ, CÁMARA, ACCIÓN

5. UN HOMBRE PARA LLORAR

6. EL FESTIVAL DE CORTOS

7. EL BESO DE DESPEDIDA

8. UN LLAMADO DESDE GRECIA

9. HELENA DE TROYA

10. MALETA EXTRAVIADA

11. BODA POR PARTIDO DOBLE

12. TURISTAS

13. TE AMO TANTO QUE DUELE

14. EL COMPROMISO

15. NADA ES LO QUE PARECE

16. DULCE COMO UN BESO

EPÍLOGO

PRÓLOGO

CLAVÓ los ojos en la botella mientras giraba en el suelo. Rogó que se detuviera en Frank. Su mejor amigo no la delataría si su primer besoapestaba. Apretó los puños como signo de victoria cuando el cuello de la botella desvió al tonto Mike. Era un juego estúpido, ¿pero de que otro modo una niña de doce años aprendería a besar? El pecho se le infló. La botella se detuvo en Frank. Deby, la anfitriona de la fiesta, los hizo pasar al armario. La puerta se cerró cuando ellos ingresaron al pequeño ambiente oscuro.

—Por suerte me tocó contigo, Alex —dijo él—. No quería besar a ninguna niña —susurró.

Frank además de ser su amigo, era su vecino. Supo que serían amigos desde el día que lo vio bajar del camión de mudanza con sus padres. Parecía un niño introvertido y ella se le acercó con su bicicleta y lo invitó a la fiesta que daría ese fin de semana, y desde ese entonces, no se habían vuelto a separar.

—Tendrás que besarme...

No podía ver el rostro de Frank, pero sabía que acababa de poner los ojos en blanco.

—No lo haré —se negó—. Y no puedes obligarme.

—Si no lo haces, les diré a todos que tienes mal aliento —lo amenazó—. Y de ahora en adelante, serás conocido como *Frank elapestoso*.

—Y yo les diré que todavía sigues jugando a las muñecas —replicó.

Ella se quedó boquiabierta.

—No es cierto, ya estoy grande para esos juegos de niña.

—¿Soy tu vecino, recuerdas? Te veo por la ventana cuando le das el té a tus Barbys.

Apretó los labios y le dio un pisotón.

—No vuelvas a espiarme.

Frank soltó un chillido y la empujó.

—No vuelvas a pisarme.

—¿Está todo bien ahí adentro? —preguntó Deby del otro lado.

Sabía que todos estaban pendientes de ellos y que esperaban a que salieran del armario con un resultado. Y entre los invitados estaba Sam, su compañero de clases. Quería besar a Sam, pero primero debía practicar para hacerlo bien.

—¿No sientes curiosidad, Frank?

—¿De qué?

Soltó un bufido.

—De lo que se siente dar un beso.

—No.

—¿No prefieres que nuestro primer beso sea con alguien que conoces bien?

Él se quedó en silencio.

—Algún día tendrás que besar Frank, y no sabrás como hacerlo y quedarás como un tonto.

—Tú ganas —accedió finalmente—. Pero si me llenas de saliva, te patearé el trasero y no me importará si eres niña.

Ella sonrió ampliamente.

—No lo haré...

Él se aclaró la garganta.

—¿Y... cómo hacemos?

—Cierra los ojos, inclina la cabeza... —le fue indicando.

Sus bocas se encontraron por varios segundos y se alejaron de golpe.

—¿Sentiste algo? —le preguntó despacio.

—No —respondió él—. ¿Y tú?

—Tampoco —mintió.

En realidad, había sido asombroso. Ahora estaba preparada para besar a Sam.

—Deberíamos salir —dijo Frank, abriendo las puertas del armario.

—Frank...

—¿Si?

—Gracias —expresó—. Gracias por ser mi mejor amigo.

1. ENTREVISTA

Quince años después...

APOYÓ las manos sobre las rodillas para que las piernas dejaran de temblarle. No era la única que esperaba en la sala para ser entrevistada por Jason Harbor. Él elegiría a su nueva asistente. Ella quería el puesto. Él era el dueño de una revista de moda y para una diseñadora de indumentaria recién recibida, era un paso importante para estudiar de más cerca el mercado. Tal vez hasta algún día sus vestidos saldrían en la portada de la revista Harbor. Sus sueños fueron interrumpidos cuando una de las postulantes la codeó y le susurró:

—¿Conoces a Jason?

Estudió a su competidora a través de los ojos entornado. Si ella quería ser la asistente de Jason Harbor, debía poner manos a la obra para ganárselo.

—¡Oh, sí! —Gimió—. ¿Tú no?

La postulante negó con la cabeza.

—Es mi primera entrevista —le hizo saber—. Tengo miedo de que él sea uno de esos jefes gruñones que trata mal a sus empleados.

Ella apoyó una mano en su brazo.

—Entonces has venido al sitio equivocado —dijo—. Su asistente anterior dejó su puesto porque él la enloqueció... y las malas lenguas dicen que él hasta la golpeó —añadió en un tono de confidencia.

La postulante abrió grande los ojos.

—¿Enserio?

—Oh, cariño, no quiero que te asustes —murmuró—. Pero deberías pensarlo dos veces si quieres que este sea tu primer empleo.

—¿Cómo te llamas?

—Alex.

—No sabes cuánto te agradezco que me hayas dicho todo esto, Alex.

—¿Y... qué harás?

—Seguiré buscando en otro sitio —respondió—. ¿Y tú porque estás aquí si sabes que él es un asco?

—Tengo hijos pequeños que mantener —mintió.

—Oh, lo entiendo —levantó los pulgares y agregó—: Mucha suerte, Alex —le deseo antes de salir de la sala.

Y acababa de despachar a su primera contrincante. Echó una ojeada a la espaciosa y elegante sala y estudió su competencia. Todavía le faltaban seis más. Cogió el maletín y se levantó de la butaca para sentarse al lado de la postulante que tenía más actitud para llevarse el puesto. Sacó una goma de mascar y se la ofreció.

—No gracias —continuó—. Una buena asistente no mastica goma de mascar —le dijo la estirada con cara de amargada.

Ella le sonrió para mostrarse más amigable.

—¿Vienes por el puesto de asistente, verdad?

—No, vengo a calentar la silla.

—Noto que te gustan las bromas...

Apartó la vista hacia la ventana y blasfemó por lo bajo. No sería sencillo deshacerse de ella. Carraspeó y agregó:

—¿Sabes? Te diré esto porque me caes bien —empezó diciendo—. Trabajo para la revista Harbor y me enviaron para que evaluara a las postulantes.

Su contrincante comenzó a prestarle más atención.

—Y tú parece tener todas las cualidades para ser contratada —y lo decía en serio.

La postulante enarcó una ceja.

—¿Ah, sí?

—Felicidades, pasaste a la segunda ronda.

—¿Segunda ronda?

Ella abrió el maletín y sacó una birome y anotó una dirección en un papel.

—Debes ir a este edificio para culminar con la entrevista.

La postulante sujetó el papel y leyó la dirección.

—Pero queda a una hora de aquí —protestó.

Ella le quitó el papel de la mano.

—No te preocupes, elegiré a otra.

—No he dicho que no pueda ir —volvió a apoderarse de la dirección.

Sus labios se curvaron en una amplia sonrisa.

—Bienvenida a la familia Harvor.

—¿Debo entregarte a ti todos mis datos?

—¿Tus datos? ¡Oh, sí!

La postulante le entregó su currículum antes de abandonar el edificio Harvor. Abrió la carpeta y leyó sus datos. Menuda experiencia. No tenía duda, había hecho bien en sacarla del medio. También lo hizo con las otras postulantes, hasta que finalmente quedó sola en la sala.

El famosísimo Jason Harvor salió de su despacho. En persona se veía más apuesto que en las revistas. Su rostro tenía facciones duras, pero eran condenadamente atractivas. Todo él decía seguridad, masculinidad y poder. Se pasó una mano por el pelo y sonrió. Jason era soltero, tenía treinta y nueve años y le gustaba jugar al tenis. Eso le había dicho a una periodista en una entrevista que había leído en la mañana mientras desayunaba.

—¿Y las demás postulantes? —preguntó él, ceñudo.

Ella se encogió de hombro.

—No lo sé, parece que he sido la única a la que le ha interesado el empleo.

—Bien, no importa, pasa a mi despacho.

Sujetó el maletín y pasó por delante de él para ingresar a la oficina. Su perfume importado era exquisito. No pudo evitar ver su precioso trasero cuando rodeó el escritorio y se sentó. Ella tomó asiento cuando él se lo pidió y le entregó su currículum. Jason se puso sus gafas de lectura, abrió la carpeta y empezó a leer sus datos.

—¿Alex, verdad?

—Sí.

—Háblame sobre ti, Alex.

Odiaba cuando las entrevistas comenzaban de ese modo. ¿Qué más podía decir de lo que ya estaba escrito en su currículum? Respiró hondo y sonrió. Un empleado positivo siempre tenía más chance para ser contratado.

—Soy Alex Bloom, y acabo de recibirme como diseñadora de indumentaria.

Él se cruzó de brazos y la miró con sus intensos ojos oscuros.

—¿Y por qué una diseñadora quiere ser mi asistente?

—Porque sería un honor trabajar para la revista Harvor y creo que...

—Bla, bla, bla... no dices nada nuevo —la interrumpió el capullo.

Había hecho un gran esfuerzo para deshacerse de las demás postulante y no dejaría que un gilipollas como él, por más guapo que fuese, no le diera el empleo.

—Si tuvieras que definirte, ¿cómo lo harías, Alex?

Como alguien que todavía seguía buscando sus sueños, aunque eso significaba haber comenzado varias carreras y dejado a mitad de semestre porque sentía que no eran para ella, o que el empleo que más tiempo le duró fue de tres meses. Vale, ella a veces era una persona inestable. ¿Pero quién no lo era?

—¿Cómo alguien normal? —prefirió responder.

—¿Y qué es ser normal para ti?

—¿Alguien que busca la felicidad?

—¿Y eres feliz?

Hizo una pausa para pensar.

—¿Sí?

Se bajó la pollera cuando se dio cuenta que él estaba observando sus piernas.

—¿Quieres acompañarme a tomar un café?

Ella parpadeó.

—¿Estoy contratada?

—¿Acaso ves a más postulantes?

—¿Eso significa un sí?

—¿Aceptas hacer horas extras?

—¿La paga es buena?

—¡Joder! Me respondes con otra pregunta y te despido antes de contratarte.

—Vale, lo entiendo —repuso—. ¿Cuándo empiezo?

Él sacudió la cabeza y sonrió.

—Ahora mismo —repuso, levantándose de la butaca.

El mismísimo Jason Harvor le hizo el recorrido por la editorial y le enseñó todas las instalaciones. Tuvo la impresión de que iba a llevarse muy bien con su nuevo jefe. Imaginó sus vestidos en las modelos que estaban fotografiando para salir en la portada del mes próximo. Finalmente, había hallado su sitio en el mundo.

Salió del edificio Harvor feliz luego de haber conseguido el empleo que tanto había querido. Sacó su iPhone del maletín y observó que había recibido varios mensajes de Frank y Lucy. Llamó a un taxi con el dedo y les respondió una vez arriba del coche.

ELLA: ¡Tengo el empleo!

LUCY: ¡Felicidades Alex!

ELLA: ¿Estás en tu consultorio, Lucy?

Lucy era su prima y era la psicóloga de la familia.

LUCY: Sí, y estoy a punto de atender a mi último paciente del día.

FRANK: No hagas esperar a tu prima Alex.

ELLA: Jaja... muy gracioso.

FRANK: Enhorabuena por tu nuevo empleo, ratita. Espero que te quede tiempo para que termines el traje que usaré en el festival de corto que será en pocas semanas.

Frank era un cineasta en ascenso, y estaba segura que su corto se llevaría varios premios en el festival.

ELLA: Tu traje está casi terminado.

FRANK: ♥♥♥

Ella revoleó los ojos.

LUCY: Mi paciente acaba de llegar. Nos vemos a la noche Frank.

FRANK: No olvides medicar a tu prima, Lucy.

ELLA: Nadie se divierte con tus bromas.

FRANK: Sé que tú sí, ratita.

Esbozó una sonrisa a su pesar.

ELLA: Nos vemos a la noche Frank.

2. SUEÑO SIN PREVIO AVISO

EMMA, la secretaria de Lucy, la recibió en el consultorio y le ofreció un chocolate mientras esperaba que su prima terminara de atender a su paciente. Ella tomó uno y se llevó el bombón a la boca. Lucy podía ser muy buena psicóloga, pero reprobaba en decoración. El sitio parecía sacado de una escena del siglo dieciocho. Oscuro y deprimente. No le resultaría raro que sus pacientes salieran más depresivos de cuando entraban.

—Hacía tiempo que no venías por aquí, Alex —comentó Emma.

—No me gusta molestar a Lucy cuando trabaja, pero hoy he conseguido empleo y no me he aguantado las ganas de contarle.

—¡Enhorabuena! —Exclamó la secretaria e intentó abrazarla, pero su abultado abdomen las alejó—. ¿Sigues con los pasteles?

—¡Oh, no! —Negó, agitando una mano en el aire—. Ya no me dedico a eso.

Emma chasqueó los dedos.

—Ya sé, sigues con las esculturas. En mi sala todavía conservo los órganos reproductivos que me regalaste y cada vez que los miro, me pregunto si mi marido algún día alcanzará ese tamaño.

Se rascó la nuca y sonrió incómoda. «Sal rápido Lucy», se dijo a sí misma, mirando hacia la puerta.

—Las esculturas quedaron en el pasado —se inclinó hacia ella y agregó—: Y si las tiras, no voy a enojarme.

Emma la observó fijamente a los ojos.

—Me gustan tus esculturas —expresó—. Oh, vale, lo recuerdo, animabas fiestas infantiles.

Le había costado hallar su verdadera vocación.

—He dejado de hacer eso —dijo—. Ya sabes, muchos niños hacen que pierda la paciencia rápido —abrió grande los ojos cuando vio su abdomen abultado y quiso corregir su comentario—. Pero estoy segura que tu

hijo será un amor de Dios. ¿De cuántos meses estás?

—No estoy embarazada. ¿Acaso crees que estoy embarazada?

«¡Joder!».

—Yo... no... cuando vi... Lucy... —balbuceó.

Emma se llevó las manos al vientre y sonrió.

—Estoy de siete meses, y me hubiese gustado que mi hijo fuese de tu amigo Frank.

Respiró aliviada.

—¡Joder Emma! —Chilló—. Eso no se hace —se quejó—. ¿Frank? ¿Has dicho Frank?

—Frank siempre me ha gustado, pero nunca quise interferir en lo que había entre ustedes.

—Entre Frank y yo no hay más que amistad.

—Cada vez que veo tu escultura en mi sala imagino que es la de Frank. ¿Te inspiraste en su miembro, verdad?

¿De dónde diablos había sacado Lucy a su secretaria?

—No.

Empezaba a recordar porque no pasaba seguido por el consultorio de su prima.

—¿Crees que a Frank le guste las embarazada?

—Mmm... no lo creo.

—¿Y si le digo que lo dejaré que me dé duro por el trasero?

Ella se quedó boquiabierta.

—¡Lucy! —gritó.

Agradeció cuando su prima salió del consultorio con su paciente. Lucy tenía los genes de los Bloom tanto como ella. Rubia, ojos azules, estatura promedio, con la diferencia que su prima tenía la nariz un poco más curva que la suya, y ella tenía un pequeño hueco entre sus dos dientes incisivos.

—¡Alex! —Exclamó—. No sabía que habías llegado.

—Estaba teniendo una charla amena con tu secretaria —dijo, sarcástica.

—Nos vemos la próxima semana, Arthur —se despidió Lucy de su paciente.

—Hasta el jueves... —replicó Arthur, seguido de desplomarse contra el piso.

—¡Joder! —Gimió—. ¿Qué le ha pasado?

Lucy le sujetó el brazo y la retuvo cuando quiso llamar a emergencia.

—Se despertará en tres minutos —dijo—. Le pasa seguido, él tiene narcolepsia.

Abrió grande los ojos.

—En buen lío te vas a meter si atiendes a narcos, Lucy.

—Arthur no es narco, Alex —la contradijo, mientras con Emma lo recostaban sobre el sofá—. Tiene narcolepsia, él tiene sueños sin previos avisos.

Frunció el ceño.

—¿Eso existe de verdad?

—¿Acaso no lo estás viendo?

Emma destapó un marcador negro.

—¿Le dibujamos un miembro en la frente?

—¡Oh, por Dios! Tienes una obsesión con los... genitales masculinos.

—Mi doctor dice que son las hormonas del embarazo.

Ella diría que su problema estaba en su cabeza.

Lucy le quitó el marcador a su secretaria.

—Trae un vaso con agua para Arthur, que se despertará desorientado.

La secretaria se dirigió a la habitación continua.

—Tu consultorio parece un zoológico —se mofó—. Una secretaria ninfómana y un paciente que se duerme en cualquier momento.

Su prima le lanzó una mirada ceñuda como respuesta.

Arthur empezó a despertarse y las miró asustado cuando las vio paradas delante de él.

—¿Me he dormido, verdad?

Lucy le sujetó una mano y le sonrió para transmitirle confianza.

—Sí, Arthur, te has vuelto a dormir. ¿Cómo te sientes?

Él se llevó una mano a la frente.

—Me duele la cabeza.

Ella hizo una mueca.

—Y no es para menos, tremendo golpe te has dado —murmuró.

—Le diré a mi secretaria que te pida un taxi.

Arthur asintió con la cabeza. Lucy llamó a la secretaria para que regresara y como ella no venía, salió a buscarla. Se volteó a sus espaldas cuando oyó que chistaron.

—¿Lucy se ha ido? —le preguntó Emma, detrás de una planta que solo le cubría el dedo gordo del pie.

—Ella te está buscando —le avisó.

—Oh, vale —expresó—. Oye Arthur siempre he querido hacerte una pregunta, ¿alguna vez te has quedado dormido cuando... ya sabes? —terminó haciendo un gesto obsceno con sus dedos.

Arthur unió sus cejas oscuras.

—No entiendo...

—No le hagas caso —murmuró entre risitas nerviosas—. Emma no está bien —se llevó un dedo a la sien—. Ya sabes.

—Puedo oírte Alex.

—Lo sé, lo dije para que me oigas —replicó—. ¡Tú secretaria regresó, Lucy! —gritó.

Después de unos segundos, su prima apareció y le avisó a su paciente que su taxi había llegado. Él se retiró luego de haberse despertado de otro de sus sueños.

Emma se llevó las dos manos al vientre y suspiró.

—Hoy es mi último día aquí —comentó.

—Ya lo sé, Emma, soy tu jefa, ¿recuerdas?

—¿Y a quién contratarás para que me reemplace durante los meses que estaré ausente por maternidad? Habías dicho que sería Alex, porque ella siempre pasa más tiempo de paro que trabajando. Pero ahora ha conseguido empleo.

Ella parpadeó.

—¿Tú has dicho eso Lucy?

—Cuando lo dije estabas desempleada.

—Pero te avisé que empezaría a trabajar en la revista Harvor.

Lucy ladeó la cabeza y entornó los párpados.

—Los trabajos no te duran más de tres meses, Alex.

—¡Esta vez será diferente!

Su prima se cruzó de brazos y sacudió la cabeza.

—Siempre dices lo mismo...

Emma se aclaró la garganta.

—Frank dice si nos espera en el mismo bar de siempre.

Tanto ella como su prima miraron de golpe a la secretaria.

—¿Tienes mi teléfono, Emma? —le preguntó, ceñuda.

La secretaria le entregó el móvil.

—Estaba sonando y no lo atendías —se excusó.

—¿Y por eso lees mis mensajes?

Emma se pasó una mano por el pelo y sonrió.

—Esta noche veré a Frank —musitó cantando y moviendo las caderas.

—Tú no estás invitada, Emma —musitó Lucy, cogiendo su bolso.

—Vivimos en un país libre y ya sé a dónde irán.

Sabían que Emma se aparecería igualmente por el bar y decidieron llevarla con ellas.

3. UN BRINDIS POR LA AMISTAD

FRANK las estaba esperando en la misma mesa de siempre. Él le sonrió cuando la vio y ella le devolvió el gesto. Ellos habían crecidos juntos y compartido cada etapa de la vida. Y era el hombre que más tiempo le había durado, porque era su mejor amigo. Podían reconocer cuando el otro estaba mal, feliz o simplemente necesitaba un abrazo. Estaban tan unidos que creía que nadie podría separarlos. Aunque una vez casi lo habían logrado. Hanna, una antigua novia de Frank, había sentido celos de su amistad y le había hecho elegir entre su novia o su amiga. Frank la eligió a ella y Hanna la odió aún más. No entendió nunca la razón de sus celos.

Frank se levantó del taburete y la abrazó como a ella le gustaba, fuerte y apretado.

—Felicidades ratita, sabía que conseguirías el empleo en la revista.

—¿Has cambiado de perfume?

—¿Lo has notado?

Revoleó los ojos.

—Para no hacerlo...

—Hola Frank —lo saludó Emma.

Él chocó una mano con la de la secretaria de su prima. Frank era el típico chico bueno y simpático que todas querían tener como amigo, que hacía que la pasaras genial a su lado. Además de tener una sonrisa que podía dejar sin aliento a cualquier mujer. Se había transformado en un hombre atractivo y se dio cuenta de ello por la cantidad de mensajes de mujeres que recibía a diario. Sus ojos lo veían como aquel niño introvertido que se había ido a vivir a frente de su casa.

—No sabía que vendrías guapetona —dijo él.

Emma le dio un codazo en las costillas para llamar su atención.

—¿Has oído? Me acaba de llamar guapa, ¿crees que esta noche me lo ligue?

Ella chasqueó la lengua y se sentó en la mesa que había reservado Frank.

Lucy llamó al camarero para que les sirviera chupito de vodka.

—Cuéntanos que tal es tu nuevo jefe, Alex —farfulló su prima.

—Está que te mueres —repuso—. Jason Harvor es mucho más guapo en persona.

—¿Está soltero? —preguntó Emma.

—Sí.

—¿Tendrías sexo con él? —siguió indagando.

Bebió un chupito de vodka de un solo trago, luego de que el camarero dejara las bebidas sobre la mesa.

—No dejaría pasar la oportunidad si se me presentara —respondió.

Frank se atragantó con la cerveza que acababa de beber.

—Conozco a Jason Harvor de algunos eventos que compartimos, y te aseguro que tú no eres su estilo.

—¿Qué no soy su estilo? ¿Qué intentas decirme? —le cuestionó, ceñuda.

Emma levantó una mano para hablar.

—Dice que no eres lo suficientemente atractiva para él.

Lucy revoleó los ojos.

—Cierra el pico Emma —le pidió—. Jason está a punto de cumplir cuarenta años y no se le conoce ninguna relación formal. A él le gusta pasarla bien con las mujeres y tú eres de las que se involucran demasiado —le explicó.

Frank le hizo una reverencia a su prima.

—Gracias Lucy...

—Él puede cambiar...

—No corras el riesgo Alex —añadió su prima.

—Concéntrate en no perder tu cuarto empleo en tres meses —comentó Frank, mirándola por encima de la botella de cerveza.

Ella parpadeó.

—Te equivocas, los empleos me perdieron a mí.

—Ya no eres una niña para que sigas dando vueltas de un lado a otro —siguió fastidiándola él.

—¿Me estás llamando vieja?

—Sí, eso fue lo que él quiso decir —murmuró Emma, llevándose un puñado de cacahuete a la boca.

Frank sacudió la cabeza.

—Digo que el tiempo se te va y no has hecho nada con tu vida.

—Encontrar tu verdadera vocación no me parece una pérdida de tiempo —musitó molesta—. Pensé que eras mi amigo y apoyabas mis decisiones.

—Ser tu amigo no significa que vaya a decir que todo lo que haces está bien —dijo, a través de los dientes—. No vengas a mí cuando Jason Harvor te rompa el corazón.

Apretó los labios y frunció el ceño.

—Eres un gilipollas Frank.

Lucy soltó un bufido.

—Están discutiendo por algo que ni siquiera ha pasado.

—Y se equivocan conmigo, puedo acostarme con Jason Harvor y no sentir nada por él.

Frank llamó al camarero y pidió otra cerveza.

—¿Ya puedes dejar de nombrarlo?

Él siempre debía encontrar un defecto a las personas que le gustaba o con las que salía. No quería llegar a los cuarenta años y tener que casarse con él. Habían acordado que si los dos llegaban solteros a esa edad, se casarían.

—Jason Harvor, Jason Harvor, Jason Harvor... —repitió como una niña.

—¡Madre mía! Pero si parecen niños de Kínder —rezongó Lucy.

Se lavó las manos en el servicio de mujeres y esperó a que Emma

saliera del cubículo. La secretaria de su prima le pidió que le ajustara unos tirantes de la espalda. Ella abrió grande los ojos.

—¡Joder Emma! —Exclamó—. ¡No estás embarazada!

Emma se acomodó el falso vientre.

—¿Acaso sabes cuantos meses de licencia te dan por maternidad? — Le dijo como si nada—. Además, en el metro siempre le dan el asiento a las embarazadas —agregó.

¿Y ella era la secretaria de una psicóloga? Sacudió la cabeza. Tal vez su prima la había contratado para que sus pacientes creyeran que estaban sanos.

—¿Lucy lo sabe?

Emma se encogió de hombro.

—Ella me dio la idea...

Ella abrió la boca, la cerró y la volvió a abrir.

—Regresemos a la mesa —masculló sin saber que decir.

Salieron del servicio y se quedó helada cuando halló a Frank conversando con Jason Harvor. ¡No podía ser cierto!

—Pellízcame —le pidió a Emma—. Auuuch... me ha dolido —dijo, acariciándose el brazo.

—Tú me lo pediste...

La miró a través de los ojos entornado.

—Pero no en el sentido literal.

—Oh, vale, lo siento.

—¿Alex? —dijo Jason cuando la vio.

—Hey, Jefe, no esperaba encontrarlo aquí.

—Tampoco yo... —murmuró Frank por lo bajo.

—¿Acaso me estás siguiendo? —añadió divertida.

Jason se quitó la chaqueta del traje que había utilizado todo el día y se rió.

—Unos amigos me invitaron a beber unos tragos —los señaló con el dedo. Él miró a Frank y luego a ella—. ¿Ustedes se conocen?

—¡Oh, sí! —Afirmó—. Somos amigos desde hace muchos años — sintió la necesidad de aclararle.

Jason se acercó un poco más a ella cuando la música del sitio empezó a sonar más fuerte.

—Entonces podrías convencer a tu amigo para que dirija el comercial de mi revista —le pidió en un tono cómplice—. Él es muy bueno en lo que hace y quiero que trabaje para mi editorial, pero me está costando convencerlo.

Dirigió la vista hacia Frank y le lanzó una mirada para que él accediera al trabajo que su jefe le estaba pidiendo. Pero por alguna razón, él estaba enfadado. Lo conocía demasiado para saber que estaba molesto cuando las venitas del costado izquierdo de su frente se hinchaban y empezaba a jugar con su reloj. ¿Qué diablos ocurría con él? Sabía lo importante que era ese trabajo para ella. Volcó otra vez su atención a su jefe.

—¿Me subirás el sueldo si lo convenzo?

Jason se humedeció el labio inferior con la lengua.

—Serás la empleada del mes —replicó—. Pero podría empezar invitándote a tomar una cerveza.

Ella se cruzó de brazos y enarcó una ceja.

—Es un buen inicio.

Frank soltó un bufido y se puso su chaqueta de cuero.

—Lo siento, pero no puedo estar presente mientras ustedes hacen trato sobre mí.

—¿Qué estás haciendo Frank? —masculló ella, a través de los dientes apretados.

Él cogió el casco de su motocicleta.

—Debo irme...

Jason palmeó la espalda de Frank.

—Será un honor para la editorial Harvor que trabajes para nosotros.

—Hablaemos luego sobre esto Alex Bloom.

¿Alex Bloom? ¡Oh, diablos! Él realmente estaba cabreado.

4. LUZ, CÁMARA, ACCIÓN

SU PRIMERA semana en la revista Havor había sido mejor de lo que imaginó. Jason era un encanto con ella y podía sentirse en el aire la atracción física que había entre los dos. Después del trabajo, él la llevaba de copas y la ponía al tanto de las últimas novedades de la revista como excusa para coquetear con ella. Suspiró. Podía pasar horas escuchándolo hablar y observando su precioso rostro. Jason había aceptado ver los bocetos de sus vestidos. ¡Pero si eran la pareja perfecta! ¿Acaso era muy tonta por imaginarse casada con él?

—¡No pises el cable, Alex! —le gritó Frank.

Había logrado convencer a Frank para que dirigiera el comercial de Jason. Al principio le había costado, pero luego él terminó cediendo. Salió de la escena antes que su amigo volviera a regañarla. Él se tomaba muy en serio su trabajo y por eso era bueno en lo que hacía. Se acercó a la cámara para ver que tal habían quedado las tomas que se habían hecho. Habían elegido a una modelo bellísima que interpretaba a una mujer que se arrojaba al sofá para leer una buena revista en su hora de descanso.

—¿Sabes? Esto te saldrá caro —le dijo Frank a sus espaldas.

Ella se volteó y le sonrió.

—Ya me lo has dicho antes —repuso—. Todo está saliendo increíble.

—Lo sé —admitió—. ¿El café es para mí? —le preguntó, mirando sus manos.

—No, es para mi jefe —expresó—. Soy su asistente, ¿recuerdas?

Él le quitó el cappuccino de la mano.

—Pero yo lo necesito más —murmuró, bebiendo el líquido oscuro.

—He visto a Jason hablando contigo hace un momento —se aclaró la garganta—. ¿Él te ha comentado algo acerca de mí?

—¿Quieres saber si él me ha dicho que está completamente loco por ti?

Abrió grande los ojos.

—¿Él te ha dicho eso?

Frank le dedicó una sonrisa traviesa por encima de la taza.

—No.

—Debes decirle que soy un encanto de mujer, que cocino como la hostia... que me encanta el tenis y por el amor de Dios, no le menciones mi época en la que hacía esculturas.

Él chasqueó la lengua.

—Entonces me pides que le mienta.

Ella se cruzó de brazos y lo miró por encima del hombro.

—No, quiero que endulces la verdad.

—A mí me gustaban tus esculturas —le dijo—. Y si a él no le gusta como eres, entonces no te merece.

—¡Joder Frank! Pero tú eres mi amigo y me quieres tal como soy.

El rostro de él se endureció.

—¿Pretendes ser alguien que no eres solo para gustarle a un capullo que no hace otra cosa que mirarte el trasero?

—¿Jason mira mi trasero? —preguntó, sorprendida.

Frank sacudió la cabeza.

—Vale, lo haré, hasta le diré que te has recibido en Harvard.

—Finalmente nos estamos entendiendo.

Él mantuvo su mirada sobre ella por un momento, y luego se alejó sin decirle una palabra más. Había días que realmente no lo comprendía y ese era uno de ellos. Dio un sobresalto cuando Jason le rodeó la cintura con un brazo y la apretó contra él. Se inclinó y le susurró al oído:

—Hoy harás horas extras —le anunció—. Te espero en mi oficina y trae tus bocetos que quiero verlos.

Ella se mordisqueó el labio inferior y asintió con la cabeza. Agradeció haberse puesto sus bragas diminutas ese día.

Jason le pidió que fuera a su oficina una vez que todos los empleados de la editorial se hubieran ido. Cerró la puerta a sus espaldas con el corazón alterado. Su jefe era tan sexy que no le importaba hacer horas extras mientras él estuviese cerca de ella. Él dejó los papeles que estaba leyendo sobre el escritorio y le sonrió cuando la miró.

—¿Se han ido todos? —le preguntó en un tono sugerente.

—Sí —respondió—. Solo hemos quedado los dos. Te traje lo que me pediste —dejó sus bocetos sobre el escritorio—. ¿Necesitas algo más o ya puedo retirarme?

«Pídeme que me quede», rogó para sí.

—De hecho, iba a pedirte que me hicieras compañía.

Sabía la razón por la que él la había llamado. Sabía que iría en contra de las políticas de la editorial, pero ella quería estar ahí. Jason se reclinó en la silla con las manos detrás de la cabeza.

—Lamento que tengas que quedarte hasta tan tarde.

Sus ojos se achicaron.

—No lo lamentas —lo contradijo, avanzando hacia él—. Has planeado todo esto a propósito.

Se le cortó el aliento cuando notó que él la miraba con deseo.

—¿Debemos seguir actuando como si entre nosotros no pasara nada?

Ella se mordisqueó el labio inferior.

—¿Y qué pasa entre nosotros?

Jason se levantó de la butaca, rodeó el escritorio y sujetó su rostro entre sus manos y la besó con la pasión de un amante experimentado. La besó acariciando su lengua y gimió en su boca maravillada por lo que estaba sintiendo. Ella le desató la corbata de un tirón y la arrojó a un costado, y lo ayudó a desabotonarse la camisa con las manos temblorosas. Él volvió a atrapar sus labios y la apretó contra su miembro endurecido. Ella disfrutó el rose y su jefe pudo percibirlo.

—Dime que estás deseando acostarte conmigo.

Ella entrelazó su cabello espeso con sus dedos y le mordisqueó la mandíbula.

—Oh, sí... —gimió.

Cerró los ojos cuando las manos de él bajaron hasta su trasero y se lo masajeó. Y no supo en que momento él se deshizo de todo lo que había sobre el escritorio y la sentó sobre él. Intercambiaron miradas cómplices mientras le quitaba el vestido por la cabeza. La excitación era tan intensa que su respiración aceleró. Soltó un chillido al sentir la madera fría contra sus nalgas.

—Lo siento nena —murmuró, masajeando sus senos por encima del sujetador—. Pero te juro que en segundos estarás ardiendo fuego.

Ella se inclinó y hundió la cabeza contra su cuello y lo besó.

—Entonces habla menos... —susurró.

Jason esbozó una pícaro sonrisa. Le levantó las caderas y le bajó las bragas hasta los tobillos. Ella sintió un ardiente hormigueo cuando sus manos grandes y fuertes bajaron por su cuerpo, acercándose poco a poco hasta el centro de su femineidad y comenzó a acariciárselo. La mimaba con movimientos circulares, ardientes y lentos. Se inclinó hacia atrás y apoyó los codos contra el escritorio, mientras observaba como él se desabrochaba sus propios pantalones y liberó su miembro junto a un bollo de calcetines.

Se ahogó con una exclamación de decepción al ver su pequeña erección.

Jason enarcó una ceja.

—¿Ocurre algo, nena?

«Sí, que las proporciones de tu cuerpo no están bien equilibradas».

—Nada... —carraspeó—. Continúa —le pidió.

Su libido empezó a bajarse. No era que ella fuese exquisita, pero nunca antes había visto nada de ese tamaño. Y a él no parecía importarle que ella hubiese visto los calcetines que escondía entre sus entrepiernas. ¡Joder! Se moría de ganas por reírse a carcajadas. ¡Su jefe usaba unos putos calcetines! ¿Acaso esa era la razón por la que un hombre como él aún seguía soltero? No le importaba su tamaño, pero le molestaba su inseguridad.

—¡Oh, nena! —Gimió—. Vas a gritar tanto cuando esté dentro de ti.

Sonrió, incómoda. Ese sería el caso si ella lo llegaba a sentir. Apoyó el dedo índice contra su pecho y arrugó la nariz.

—¿Crees que esto sea una buena idea? —Le consultó—. Ya sabes, tú eres mi jefe y yo soy tu empleada.

Él dio un paso hacia atrás como si lo hubiese herido.

—Hasta hace un momento no parecía importarte.

Se bajó del escritorio y se subió las bragas.

—Pero lo he pensado mejor —dijo, poniéndose el vestido que acaba de recoger del suelo—. Y no quiero que compliquemos lo que tenemos.

Jason apretó la mandíbula.

—¡Dime la verdad mujerzuela! —gruñó.

Ella parpadeó. ¿Acaso había oído bien?

—¿Cómo dices?

Él la señaló con el dedo.

—Que eres igual que todas, pensé que eras diferente —explayó, con sus pequeñas pelotitas moviéndose de un lado a otro—. ¡Tú problema es mi tamaño!

Tragó saliva.

—No sé de qué hablas —dijo, desentendida—. Será mejor que me vaya.

Su jefe la sujetó del brazo y la miró a los ojos.

—¿Acaso crees que soy idiota?

—No.

—Puedo hacerte correr hasta con el dedo meñique del pie.

Ella bajó la vista y luego la subió.

—Por supuesto...

—¿Sabes? No es mi culpa que seas una zorra y tengas una cacerola entre tus piernas.

Sacudió la cabeza. ¿Qué diablos? ¿Él usaba zoquetes para ocultar algo que no tenía y ella era la zorra?

—¡Púdrete imbécil!

—¡Estás despedida!

—¡No me puedes despedir porque renuncio, *bolas tristes!*

Salió de la oficina dando un portazo.

—¡Si le dice a alguien lo que has visto, rogarás no haber nacido! —
gritó Jason desde la puerta.

Ella se detuvo y se volteó hacia él.

—¡Ese es el problema! ¡No he visto nada, gilipollas!

5. UN HOMBRE PARA LLORAR

EL RUIDO de una motocicleta la tranquilizó. Le había pedido a Frank que la pasara a buscar. Él estacionó delante de ella y le entregó un casco sin decir nada. La conocía demasiado y sabía que en ese momento ella no respondería ninguna pregunta. Se puso el casco y atravesó una pierna por la motocicleta, luego le rodeó la cintura con los brazos y apoyó el mentón contra su hombro. Él encendió el motor y arrancó. Las lágrimas empezaron a ceder de sus ojos. ¿Por qué no podía hacer nada bien? Odiaba tener que darles la razón a los demás cuando le decían que su vida era un desastre.

En un cerrar y abrir de ojos, Frank había estacionado la moto cuando llegaron a su casa. Él la ayudó a bajarse, le quitó el bolso y sacó las llaves.

—¿Todavía te queda algo del vodka que traje hace unos días? —le preguntó.

Ella asintió con la cabeza. Frank le rodeó los hombros con un brazo y la dirigió hacia la puerta. Alzó la vista hacia él y apretó los labios.

—¿Te quedarás conmigo esta noche?

Él le apartó un mechón rubio de los ojos y le sonrió.

—¿Acaso tienes alguna duda?

Frank buscó el vodka cuando ingresaron y sacó dos copas de la alacena, luego se sentaron sobre los almohadones que tenía sobre el suelo, porque ni siquiera había sofá en la sala y la casa la había recibido por una herencia de una tía lejana. Él llenó las copas con el líquido ambarino.

—¿Empezamos?

Ellos tenían su propio método para contarse las cosas. Cada uno hacía una pregunta y si no se quería responder, se debía beber un chupito de vodka de un solo trago. Y de ese modo, uno se iba aflojando y podía sacar toda la mierda que se tenía adentro. Ella cogió una copa y suspiró.

—Sí...

Él apoyó las manos en las rodillas y la miró fijamente a los ojos.

—¿Cuándo compararás el jodido sofá?

Ella sonrió.

—El día que trabaje un mes completo y pueda cobrar mi primer sueldo.

—¿Te has quedado sin empleo? —replicó.

—Es mi turno de preguntar, campeón —se quejó.

—Oh, vale, lo siento.

—¿Sabías que Jason era un gilipollas?

—Te lo dije el primer día —murmuró, apretando la mandíbula.

—¡Y por qué no me lo volviste a repetir!

Él le lanzó una mirada amenazadora.

—¿No trabajas más para la revista Harvor?

Ella se bebió el vodka de un solo trago, pero igualmente respondió:

—He renunciado.

—¡Joder, Alex! Has roto tu propio récord.

—¿Estabas al tanto que Jason usa zoquetes para ocultar su pequeño... ya sabes?

Frank vació su copa y esquivó su pregunta.

—¿Haz follado con él?

Cogió la botella y se sirvió otra medida y se la bebió.

—¿Por qué no me lo dijiste antes de hacer el ridículo?

Él llenó su copa y la vació enseguida, pero contestó igual:

—Porque creí que eras más inteligente y no llegarías a ese nivel con el capullo de Harvor.

—¡Sabías que me gustaba! ¡Debiste advertirme!

Él se levantó del suelo de un tirón.

—¡No me eches la culpa de tus desastres Alex!

Ella resopló y se cruzó de brazos.

—¡Genial! ¿Y ahora es cuando me dices que mi vida es una mierda?

—¿Observa cómo vives, Alex? ¡No tienes nada! Siempre encuentras el modo de boicotear tus propios pasos.

Sujetó el almohadón que tenía a su lado y se lo arrojó con fuerza, y él se hizo a un costado para esquivarlo.

—¡Me gusta perseguir mis sueños, gilipollas!

—No es una cuestión de sueños, Alex, es una cuestión de que no te rindas en el primer fracaso. ¡Abandonas todo en el primer obstáculo!

—¡Largo de mi casa! —gruñó.

—¿Ves? A eso me refiero, no puedes enfrentar esta discusión y me pides que me largue.

—Bien, entonces me iré yo —dijo, poniéndose de pie.

Él la retuvo sujetándola del brazo.

—¿Sabes por qué siempre eliges al hombre equivocado?

—Pensé que la psicóloga aquí era Lucy.

—Eliges a capullos como Harvor para tener una excusa para poder huir en el mínimo error —expresó—. Eres tu propio enemigo, Alex.

Menudo amigo que era. Frank y su jodida sinceridad. ¿Acaso no podía decirle lo que ella quería oír? Le quitó las manos del brazo y se libró de él. Cogió la botella de vodka del suelo y lo señaló con ella.

—Dormirás es el sofá —dijo, atravesando la sala.

—Pero no tienes sofá.

—¡Lo sé! —gritó, cerrando la puerta de la alcoba de golpe.

No había podido pegar un ojo en toda la noche pensando en todo lo que le había dicho Frank. Y se dio cuenta que él tenía razón. Había abandonado cada cosa que emprendía en el primer error. Tenía la habitación repleta de esculturas que había hecho y no las había vendido por miedo a que nadie le gustara.

Se cubrió el rostro con la almohada y gritó con fuerza.

—¿Planeas suicidarte? —le dijeron en un tono divertido.

Se quitó la almohada de la cara y se sentó, apoyando la espalda contra el cabezal de la cama. Frank sostenía una bandeja con el desayuno.

—Creí que te habías ido, me pareció escuchar tu moto anoche.

Él dejó la bandeja sobre el colchón y se sentó a un lado de ella.

—De hecho me fui, pero regresé para hacer las paces contigo —cogió una tostada del plato y le dio un mordisco—. Bebe el café o se te enfriará.

Se pasó una mano por el pelo revuelto. Debía verse horrible. Ojerosa, despeinada y usando una vieja sudadera.

—No deberías verme en estas fachas, Frank.

—Te he visto en condiciones peores, cariño.

—¿Y si fuese de las que le gustan dormir sin nada?

—Ya te he visto desnuda antes, ¿recuerdas?

Sujetó la taza entre sus manos y bebió un sorbo de café. ¿Cómo iba a olvidarlo? En la universidad, le había pedido que se acostara con ella porque quería que su primera vez fuese con alguien que iba a amar para siempre y la conociera como nadie. Recordaba como si fuese ayer aquella tarde lloviznosa en el campus haciéndole la proposición a Frank.

—¿Estás segura, Alex?

Ella extendió un brazo y le acarició la mandíbula. Sabía que era lo correcto.

—Quiero tener un bonito recuerdo de mi primera vez.

—Has enloquecido, nena.

Agarró la cintura de su pantalón y tironeó de él, y los dos cayeron de espalda contra el colchón.

—No quiero arruinar nuestra amistad después de esto, Alex —se negó.

—¿Me quieres Frank?

—Sabes que sí.

—¿Recuerdas nuestro primer beso en aquel armario?

Él asintió con la cabeza.

—Queríamos saber que se sentía para luego hacerlo mejor.

Él la miró con una sonrisa bailando en la comisura de los labios.

—Pero en este caso, yo ya he experimentado con otras mujeres.

Y le creía. Cuando se lo cruzaba en el campus, siempre estaba rodeado de amigos, normalmente de la variedad femenina, aunque era un chico muy popular entre ambos sexos. A pesar que cada uno había formado nuevo grupo de amigos, siempre se hacían un lugar para verse y contarse que tal les estaba yendo. Se cubrió el rostro con las dos manos porque no se animaba a mirarlo a los ojos con lo que le iba a decir:

—No quiero parecer una inexperta cuando llegue ese momento —le confesó.

Él se rompió a reír.

Ella le dio un puñetazo en el hombro.

—No es divertido saber que no le puedo a gustar a nadie.

—A mí me gustas —contestó Frank.

—Pero tú no cuentas porque eres mi mejor amigo.

Él comenzó a hacerle cosquillas hasta dejarla sin respiración.

—Vamos, Alex, eres magnífica y lo sabes.

—Eso no es cierto...

—¡Alex, eres genial! —La regañó—. Eres guapa, divertida y hasta a veces un poco inteligente.

—Que te den.

Frank le sujetó las muñecas y le llevó los brazos por encima de la cabeza. Aquellos ojos condenadamente traviosos se posaron en su boca y la sonrisa de él desapareció. Y antes de que pudiera marcharse, lo besó. Él no la detuvo. Al contrario, le apartó el pelo de la cara y le devolvió el beso delicadamente, con inmensa dulzura, posando la mano en la parte posterior de su cabeza y moviendo los labios contra los suyos con una cálida ternura.

—Alex —comenzó a decir.

Pero no le dio tiempo a decir nada más por miedo a que se arrepintiera. Se aferró de su camiseta y se limitó a besarla otra vez. Su boca era una boca suave y segura al mismo tiempo, y para su sorpresa, encajaban maravillosamente. El beso se hizo más profundo, menos perfecto, más urgente. Se besaron durante una eternidad sin hacer nada más, enredando

brazos y piernas, mientras oían a la lluvia repiquetear contra la ventana. Podía sentir la dureza de su cuerpo presionado contra el suyo.

—Creo que debería marcharme —murmuró, mordisqueándole el hombro.

—No te vayas —susurró—. Quiero que tú seas el primero.

Frank tragó saliva y la miró, serio y callado. Podía verlo vacilar. Ella lo quería. Y no conocía a otro hombre que la conociera más que él. Había sido su primer amigo, su primer beso y quería que fuese su primer amante. Deslizó la mano bajo su camiseta y se la sacó por la cabeza.

—Quédate Frank...

—¿Estás segura, Alex? —le preguntó con la voz ronca.

—Sí —respondió.

Entonces, Frank volvió a besarla, con más calor y más pasión que la vez anterior. Hundió sus manos en su pelo. Y se sintió segura porque, al fin y al cabo, era lo que había querido. Tenerlo encima de ella le pareció lo mejor que había hecho jamás en su vida. Él rodó en la cama y la colocó a horcajadas sobre él y le presionó las caderas bajándola hacia su miembro erecto. Ella se cogió de sus hombros, para sostenerse y mantener la posición, y así fue como comenzó a subir y a bajar. Todo ello la excitaba y mareaba. Su cuidado para que ella lo disfrutara, hizo que su corazón estallara de felicidad.

Y si de algo estaba segura, era que no había sido un error convertir a su mejor amigo en su primer amante.

6. EL FESTIVAL DE CORTOS

AYUDÓ a Frank a ponerse la chaqueta del traje que le había hecho para que usara en el festival. Le quedaba un poco corto de manga, no había contado con que él tuviera brazos tan largos. Y el tamaño de la cintura del pantalón lo solucionaba con un cinturón. Apoyó la barbilla en su hombro e intercambiaron miradas a través del espejo que tenían en frente.

—No quiero que te sientas obligado a utilizar un traje que te hice en un día tan importante para ti —dijo—. Si no te gusta, lo entenderé.

Él se volteó y que ella estuviera subida sobre un banquito, la ayudó a que estuvieran a la misma altura.

—Y como es un día importante para mí, quiero usar algo que mi mejor amiga hizo con mucho amor —repuso, acomodándose la solapa de la chaqueta—. Te ha quedado genial, Alex.

No pudo evitar sonreír. Sonrió enseñando toda la dentadura.

—¿Enserio te gusta? ¡Y ha sido mi primer traje!

Frank levantó una mano, divertido.

—¡Choca eso cinco, campeona!

Y a continuación, se oyó un «crack». La camisa de él había sufrido una rajadura y un botón saltó hacia delante. Tal vez se la había hecho un poco apretada.

—¿Haz engordado, verdad? —le cuestionó.

Él frunció el ceño y se rascó la nuca.

—Probablemente... ¿lo dice por la camisa, verdad?

Ella puso los brazos en jarra.

—Me parecía que no había podido tomar tan mal tus medidas —expresó, quitándose el centímetro del cuello—. Quítate la camisa que la arreglaré.

Él se la quitó y se la dio.

—No tienes por qué hacerlo, puedo usar otra de mi armario.

Sacó hilo y aguja del costurero y alzó la vista hacia él.

—¿Acaso tienes otra camisa amarilla?

Frank se aclaró la garganta.

—No.

—Eso pensé —repuso—. Me llevará solo un momento, no te preocupes.

—Estupendo... —murmuró, sentándose en el banquillo—. ¿Irás al festival, verdad?

Ella le dedicó una sonrisa amistosa.

—No me lo perdería por nada del mundo —hizo una pausa—. ¿Sabes? He decidido seguir tu consejo. Pensé seriamente lo que me dijiste en nuestra última charla, en que debía empezar a tomar más en serio mi futuro.

Él enarcó una ceja.

—¿Ah, sí?

—Acepté el puesto de secretaria que Lucy me ofreció —le contó—. Por lo menos estaré hasta que Emma regrese de su licencia.

Le parecía ridículo hablar de la licencia de Emma cuando ni siquiera estaba embarazada.

—¿Y qué pasó con tus sueños?

Se encogió de hombro.

—Ya soy una mujer adulta.

—Alex...

Dio la última puntada y cortó el hilo con los dientes, luego le entregó la camisa.

—¿Qué? ¿Acaso no fue eso lo que me dijiste?

—¿Desde cuándo escuchas lo que digo?

Irguió la espalda y apoyó las manos sobre el regazo.

—Desde ahora —dijo—. Prometo no huir más de mis problemas. Además, a ti no te ha ido tan mal siguiendo tus propios consejos.

Él se levantó del banquillo para sentarse a un lado de ella. Le sujetó la barbilla y la miró a los ojos.

—Pero prométeme que si te sientes desdichada, darás un paso al costado. Todavía estás a tiempo para encontrar lo que realmente te hace feliz.

Ella le arrojó los brazos al cuello y lo abrazó con fuerzas.

—Gracias, Frank.

Lucy la había acompañado al festival de cortos. Estaba ansiosa para ver finalmente el trabajo de Frank. Él no había querido darle un adelanto de que iba la trama de su corto; según él se llevaría una sorpresa cuando lo viera. Se sentaron en las últimas butacas cerca de la puerta de emergencia. Habían asistido muchas personas al evento y no habían podido cruzarse con Frank antes de que empezara la función.

Lucy señaló hacia adelante con el dedo.

—¡Ahí está Frank! —Chilló—. ¿Qué diablos se ha puesto?

Él resaltaba con su traje celeste y camisa amarilla.

—¿No te gusta? Se lo he hecho yo —dijo, levantando la mano para saludarlo cuando él las vio—. Tal vez consiga marcar tendencia.

—No sé si marcará tendencia, pero te aseguro que Frank tendrá todas las miradas puestas sobre él.

Ladeó la cabeza hacia un costado y frunció el ceño.

—¿Eso es bueno, verdad?

Lucy carraspeó.

—La función está por comenzar.

Los invitados se ubicaron en sus butacas cuando las luces se bajaron y la pantalla que estaba delante del escenario empezó a transmitir los cortometrajes de los participantes. El corazón le dio un vuelco cuando llegó el turno de Frank. La filmación comenzó con videos viejos de él, en dónde salían los dos jugando cuando apenas eran unos niños. Sonrió al recordar otra vez esos momentos.

—Esa eres tú, Alex —susurró Lucy.

Se acarició las costillas cuando su prima la codeó.

—Y ahí estoy yo...

Ella parecía ser el personaje del corto e iba evolucionando con la edad. Ahora tenía once años y Frank le preguntaba que quería ser cuando fuese mayor con la cámara en la mano. «Seré astronauta y te arrojaré un meteorito desde el espacio sino bajas esa cámara ahora mismo». Todos los de la sala se rieron. De repente, ella ya era adulta y una actriz la interpretó. Y su sonrisa desapareció de sus labios cuando la actriz empezó a interpretar su patética vida. La niña que había soñado con ser princesa se había transformado en una horrible calabaza. Se hundió en la butaca cuando el público soltaba carcajada con cada decisión estúpida que había cometido en su vida.

—¿Estás bien, Alex? —le preguntó Lucy.

¿Por qué Frank le había hecho eso? Ya le era suficiente tener que soportar sus propias ridiculeces para que ahora todo el mundo conociera sus fracasos. Se enjuagó las lágrimas con las yemas de los dedos. No podía seguir viendo en lo que se había convertido. Se levantó del asiento y salió corriendo por la puerta de emergencia.

7. EL BESO DE DESPEDIDA

METIÓ todas las esculturas que tenía en su habitación en una bolsa negra y las sacó para que el camión de la basura se las llevara. No volvería a dejarse llevar por los impulsos de sus sueños. Se convertiría en una mujer adulta y responsable. Se sacudió las manos y se apretó el cinturón de la bata. Puso los ojos en blanco cuando oyó una motocicleta. Apresuró el paso para meterse a la casa. No quería ver a Frank ni en figurita.

—¡Alex! —gritó él, cuando estacionó sobre el jardín.

Ella se detuvo bajo el umbral y le lanzó una mirada fría y amenazadora.

—Vete a otro lado a reírte de mí, Frank —dijo, enérgicamente.

Él se quitó el casco, se bajó de la moto y avanzó hacia ella.

—¿Por qué te has ido del festival sin despedirte, Alex?

Cruzó los brazos y echó el rostro hacia atrás.

—Porque no soporté que todos se rieran de mi patética vida.

—Lucy me dijo que no viste el final del corto.

—¿Esa era tu sorpresa? —Preguntó, arrastrando cada palabra—. ¿Qué todo el mundo conociera lo fracasada que soy?

Frank quiso acariciarla, pero ella le apartó la mano.

—Dices eso porque no viste el final, Alex —repuso—. La trama no trata de una mujer fracasada, la trama trata de una mujer valiente que va en busca de sus sueños y no le importa caerse mil veces.

—Haces unos días me dijiste todo lo contrario.

—Hace unos días actué como un idiota —replicó—. Eres arriesgada Alex, y eso es lo que más admiro de ti. Y por si te interesa... he ganado el premio —dijo, sacando del bolsillo interno de su chaqueta una estatuilla con dos caretas de teatro.

Apretó los labios y enarcó una ceja.

—Has ganado exponiendo mi vida —le reprochó.

Él gimió y exhaló un cansino suspiro.

—Lo siento Alex, nunca pensé que ibas a enfadarte —le puso la estatuilla en las manos y añadió—: Quiero que te lo quedes. Lo he ganado gracias a ti —dijo, llevándole un mechón de pelo rubio detrás de la oreja—. Te amo, ratita, y solo quise enseñarle al mundo la maravillosa mujer que eres.

Ella le arrojó los brazos al cuello con ternura.

—También te quiero y lamento no haberme quedado hasta el final para ver como ganabas.

—¿Esto significa que está todo bien entre nosotros?

Afirmó con la cabeza.

—Bien, porque no quería viajar estando peleado contigo.

—¿Viajar? —Repitió—. ¿A dónde irás Frank?

—El premio del festival era dirigir una película en Grecia.

Abrió grande los ojos.

—¿Te irás a Grecia?

—Sí, el avión sale dentro de unas horas —respondió—. Y no quise irme sin despedirme.

Sintió una mezcla de emociones: tristeza porque se iba y alegría porque iba a cumplir su sueño.

—¡Oh, Frank! —Gimió—. Finalmente estás consiguiendo lo que siempre quisiste. ¿Por cuánto tiempo te irás?

Él se metió las manos en los bolsillos del pantalón y se balanceó hacia adelante.

—Hasta que dure la filmación.

Ella señaló la entrada de la casa con el pulgar.

—¿Quieres pasar? Todavía me queda algo del vodka.

—Demo irme Alex —negó su oferta—. Pero guárdalo para cuando regrese.

—Oh, vale, lo haré.

Él se volteó y se dirigió hacia la motocicleta, pero luego regresó hacia

ella como si se olvidara de algo.

—Sé que me voy a arrepentir, pero debo hacerlo antes de irme —
farfulló él.

Frunció el ceño.

—¿De qué hablas Frank?

Él le sujetó el rostro entre sus manos y la besó. La besó con suavidad y dureza al mismo tiempo. Se adueñó de su boca con un hambre voraz. Por un segundo, ella no se movió, no respondió y él se apartó. Se llevó una mano a los labios que todavía estaban hinchados y calientes por su beso.

—Frank... yo... ¿qué fue eso?

Él sacudió la cabeza.

—Olvídalo, Alex.

De una zancada, él regresó a su motocicleta, se subió y encendió el motor. Ella lo siguió hasta la mitad de la calle cuando se alejó.

—¡Frank! —lo llamó aturdida por lo que acababa de pasar.

No se había atrevido a contarle a Lucy sobre beso que se había dado con Frank. ¿Por qué la había besado? ¿Acaso él...? Sacudió la cabeza para apartarse la loca idea de que su mejor amigo estuviese enamorado de ella. Él debía encontrarse feliz en Grecia cumpliendo uno de sus sueños. Le había enviado varios mensajes, pero él solo se limitaba a clavarle el visto. Prefería creer que lo hacía porque estaba muy ocupado con la filmación. Resopló, mientras oía a su primar hablar sobre la aplicación de citas que acaba de descargar a su teléfono.

Lucy la miró por encima de su iPhone.

—¿Quieres que te abra un perfil? —le preguntó.

Ella bebió el último trago de café y llamó al camarero para que le trajera la cuenta.

—Debemos regresar al consultorio, todavía te quedan dos pacientes más por atender.

Su prima se reclinó y la miró ceñuda.

—Madre mía Alex, tu soltería te está volviendo más amargada — musitó—. Te abriré una cuenta. Necesitas salir un poco más. El viaje de Frank te ha afectado demasiado.

Ella sonrió mordaz.

—Tengo una idea —dijo, chasqueando los dedos—. Mantente al margen de mi vida íntima.

Lucy hizo de cuenta que no había dicho nada y empezó a completar su perfil en una página de citas.

—No pongas esa cara, Alex. Será divertido. ¿Hazme una descripción del hombre perfecto para ti?

Ella había perdido el humor desde que Frank se había ido. Tal vez conocer a alguien más la animara.

—¿Prometes dejarme en paz después de que te lo diga?

Su prima le enseñó la palma de la mano.

—Lo juro...

—Vale, déjame pensar —murmuró, llevándose un dedo a la mejilla—. Debe ser seguro de sí mismo, divertido, reírse de mis bromas aunque no le cause gracia —aclaró—. Oh, también debe ser inteligente y tiene que gustarle el cine, que va incluida las películas clásicas.

—¿Y en cuanto a su físico como quieres que sea?

No tenía un patrón definido, pero si debía elegir...

—Alto, cabello castaño, un cuerpo atlético —se mordisqueó el labio inferior y siguió—: En lo posible que sus ojos sean verdes y que tenga una sonrisa contagiosa... ah, y me olvidaba, debe tener motocicleta.

Lucy leyó en voz alta la descripción que le había dado de su hombre perfecto antes de apretar el botón enviar y activar su perfil. Su prima le dirigió una perezosa y divertida sonrisa.

—¿Sabes? Acabas de describir a Frank como tu hombre perfecto.

Su ceño se arrugó.

—¿Frank? Que bobadas dices, no se parece en nada a él.

—Frank sería el hombre perfecto para cualquier chica, incluso para ti, Alex.

Tragó saliva. ¿Acababa de describir a su mejor amigo? Su pulso empezó a acelerarse. ¿Por qué él había tenido que besarla? Ahora todo le resultaba muy confuso. Llamó otra vez al camarero para que le trajera la cuenta.

—¡Joder! ¿Por qué demora tanto? Y después exigen que le den propina.

—¿Por qué te has puesto tan nerviosa? —Abrió los ojos como plato—. ¿No me digas que...?

Ella se inclinó, atravesando la mesa con la mitad del cuerpo y le cubrió la boca con la mano.

—No te atrevas a decirlo, Lucy. ¿Prometes ni siquiera insinuar algo semejante?

Su prima asintió con la cabeza.

Ella apartó la mano y regresó a su asiento.

—¡Sabía que entre tú y Frank debía haber algo más!

—Maldita sea, Lucy, te pedí que cerraras el pico —murmuró, soltando un bufido de exasperación—. Entre él y yo no existe nada, ¿vale? —Se levantó de la silla de un tirón—. Y paga tú mi café.

Salió de la cafetería y caminó durante un largo rato para tranquilizarse y acomodar sus ideas. Ella no podía estar enamorada de Frank. Su Frank. Hizo algunas compras para mejorar su humor. Pero ni los zapatos ni el bonito vestido habían logrado borrarle el beso que su mejor amigo le había dado la noche antes de marcharse.

8. UN LLAMADO DESDE GRECIA

ANOTÓ en la agenda otra cita de un paciente y colgó el teléfono. Hacía dos meses que trabajaba para Lucy y llevaba muy bien su puesto de secretaria. Aunque era aburrido hacer lo mismo todo el tiempo. Y hacía dos meses que no tenía noticias de Frank. Él no atendía ni respondía sus llamados. Era como si Grecia lo hubiese tragado. Era la primera vez que estaban separados por tanto tiempo. Pero la distancia le había servido para darse cuenta cuanto lo extrañaba. Y que lo amaba.

Ella se había enamorado de su mejor amigo.

—Que tal reemplazo —la saludó Emma cuando ingresó al consultorio—. Tengo todo listo para convertirme en tu nueva compañera de piso —dijo, señalando la maleta que traía consigo.

La antigua secretaria de su prima la habían desalojado y no tuvo mejor idea que invitarla a vivir con ella para compartir los gastos. Sabía que se iba a arrepentir, pero ya era demasiado tarde para retractarse.

—Genial... —murmuró, sacando otro juego de llaves de su bolso y se lo entregó.

—Solo me quedaré hasta que tenga mi hijo —repuso.

Ella achicó los ojos.

—¿Y cuándo crees que lo tendrás? ¿Dentro de tres años?

—Había pensado hasta que parezca que tengo la menopausia.

Ella chasqueó la lengua.

—Ni creas que te quedarás tanto tiempo conmigo.

Lucy salió del consultorio y despidió a su paciente.

—Emma... otra vez aquí —farfulló—. Si mal no recuerdo, todavía sigues de licencia.

—Vine a saludar a mi nueva compañera —repuso enseñándole las llaves—. Pero ya me estoy yendo.

Lucy le lanzó una mirada ceñuda.

—¿Compañera?

—No preguntes...

—¿Acaso te has vuelto loca? —susurró.

«Sí».

—Adiós compañera —se despidió Emma— Te veo en la casa, espero que no te moleste tener que verme desnuda.

Tragó saliva.

—¿Desnuda?

—Me iré de vacaciones a una playa nudista y estoy practicando —le contó.

—Oh, genial —masculló—. Intenta cubrirte cuando llegue, ¿vale?

—Haré lo que pueda...

—No sabes cuánto vas a arrepentirte de esto —dijo Lucy, una vez que su antigua secretaria se marchó.

—Ya estoy arrepentida —replicó.

—¿Y por qué diablos lo hiciste?

—Tú eres la menos indicada de reclamármelo, le has dado licencia de maternidad aun sabiendo que no está embarazada.

—¡Exacto! ¡Lo hice para librarme de ella por unos meses!

—¿No es más fácil despedirla?

Lucy se cruzó de brazos y resopló.

—Lo he intentado muchas veces, pero me mira con esos ojitos de perro callejero mojándose en un día de lluvia y pide que lo entres a tu casa y le des de comer y lo pongas delante de una chimenea para calentarse.

—Si tú siendo psicólogas no puedes con sus ojitos tristes, ¿crees que yo sí?

Sacó un brazo por debajo de la manta y cogió el teléfono que estaba

sobre la mesa de noche.

—Consultorio Bloom, buenos días... —murmuró con el rostro pegado en la almohada.

—¿Alex?

La voz masculina del otro lado hizo que abriera los ojos de golpe.

—¿Frank? —musitó, sentándose en la cama.

—Vaya, noto que te has tomado muy en serio tu nuevo empleo —se mofó él.

El corazón empezó a latirle más rápido.

—Hasta tengo pesadillas que atiendo el teléfono —dijo, refregándose los ojos.

—Lamento la hora, sé que allí todavía es temprano.

—No hay problema, me alegra que finalmente te dignes a llamarme. ¿Por qué no has respondido ningún mensaje?

Oyó que él se rió.

—He estado con mucho trabajo.

—No sabes cuánto te extraño.

—¿Ah, sí?

Se moría de ganas de decirle cuanto lo amaba y si todavía significaba algo para él el beso que se habían dado la última vez que se habían visto.

—¿Regresarás pronto de Grecia?

—El viaje será más largo de lo planeado —respondió.

«¿Qué esperas para decirle lo que sientes?»

—Alex... yo...

Ella cambió el aparato de oído.

—Debo decirte algo importante Frank, porque si no lo hago pronto, te juro que voy a explotar.

—También tengo algo importante que decirte, Alex.

—Empieza tú —dijo con evidente cobardía.

—Para que sea equitativo, digamos lo que tengamos que decir a la

vez, como en los viejos tiempo ¿vale?

—¿A la cuenta de tres?

Él asintió. «Uno, dos, tres».

—Me he enamorado.

—Voy a comprometerme.

—¿Qué?! —gimió.

—¡Joder! Sé que suena a una locura, pero voy a casarme.

La voz no le funcionaba. Y creyó tener algún problema en el corazón, porque había comenzado a latirle erráticamente contra su pecho. Muy despacio y con demasiada fuerza.

—Vas a adorar a Kitty cuando la conozcas.

—Nunca me habías hablado de Kitty.

—Ella es la actriz de la película que estoy dirigiendo —le contó—. Fue amor a primera vista y todo surgió tan rápido.

La tristeza empezó a elevarse a su alrededor como la niebla. Su interior se negaba a creer que lo que estaba oyendo fuera cierto.

—¡Vaya, pero sí que ha sido rápido!

—¡Lo sé Alex, es una locura!

Intentó tomar aire y contener las lágrimas en sus ojos, pero fracasó.

—¿Cuándo tendré la oportunidad de conocerla? —preguntó como una masoquista.

—Me comprometeré la próxima semana y quiero que vengas.

Arrugó el rostro y sus lágrimas seguían cayendo a más velocidad.

—¿A Grecia?

—No, ha a la luna —se mofó—. Por supuesto que quiero que vengas a Grecia.

—No lo sé, Frank... —repuso con la voz rota.

—También quiero que venga Lucy. ¡Oh, por Dios! Me habías dicho que te habías enamorado. ¿Acaso lo conozco?

«Sí, eres tú idiota».

—No, no lo conoces... es... es alguien que conocí en el trabajo.

—¿No te parece genial, Alex? ¡Los dos nos hemos enamorado al mismo tiempo!

Se sorbió la nariz con el dorso de la mano.

—Es adorable...

Frank se quedó callado por un momento y luego dijo:

—Al saber que estás con alguien Alex, me será más sencillo decirte esto, pero debemos dejar de escribirnos, por lo menos hasta que Kitty te conozca. Ella es un poco celosa y no quiero que se sienta insegura por ti.

Había pensado que siempre estarían juntos, incluso cuando se peleaban y no se hablaban por días. No sabía que alguien podía ser el amor de tu vida y desaparecer del corazón como arte de magia. Era un pensamiento insoportable. Insoportable.

—¿Sabes? Debo colgar Frank —dijo—. No quiero que Lucy se enoje porque llegue tarde.

—Vale, lo entiendo.

—Y Frank...

—¿Sí?

—¿Puedo llevar a mi novio a tu compromiso?

¿Acababa de pedirle si podía llevar a su novio imaginario a su compromiso? Creyó que Emma le estaba contagiando su locura.

—¿Lo dices en serio? ¡Me encantaría, Alex!

Su mejor amigo estaba a punto de casarse cuando ella descubrió que estaba perdidamente enamorada de él. Se levantó de la cama de un tirón, se puso sus zapatillas deportivas y salió corriendo de la casa en pijamas. No le importó hallar desnuda a Emma en su cocina comiendo de su pan salvado. No le importó salir de su casa sin haberse lavado los dientes. Todo su alrededor se movía en cámara lenta. El sonido de los pájaros, el griterío de los niños en el parque. Las terrazas de los restaurantes que estaban llenas de gente que se reía, comía, bebía y disfrutaba de un tiempo maravilloso. Ella

corría, golpeando con las suelas de las zapatillas deportivas el asfalto.

Sin darse cuenta, se halló delante del consultorio de su prima. Ingresó al edificio y subió las escaleras como si alguien la persiguiera. La voz de Frank diciéndole que iba a casarse le sonaba una y otra vez en la cabeza. Abrió de golpe la puerta del despacho de Lucy. Tenía los ojos rojos y la nariz acuosa.

—¡Él se va a casar! —gritó, con la respiración entrecortada.

—¡Alex! ¿Acaso no ves que estoy en medio de una sesión con un paciente? —murmuró, a través de los dientes.

No quiso derrumbarse delante del paciente de Lucy, pero el dolor que sentía en su pecho la destrozó y sollozó con todas sus fuerzas. Su prima se levantó de la butaca y la sacó del consultorio cerrando la puerta a sus espaldas.

—¿Qué ocurre contigo, Alex?

—¡Frank se va a casar!

—¿Y cuál es el problema?

—¡Lo amo y no quiero perderlo!

Y era la primera vez que confesaba su amor por él. Sintió que se había quitado mil kilos de encima. Lucy no parecía sorprendida por su confesión.

—¿Por qué tuviste que esperar tanto tiempo para darte cuenta?

—Porque tuve que perderlo para saber cuánto lo amaba.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé.

—¿No se lo has dicho?

Sus rubias cejas se unieron.

—¿Qué cosa? ¿Decirle que lo amo y pedirle que no se case?

—¿Lo has hecho?

—¡No! —Gimió—. Le dije que iría a su compromiso con mi nuevo novio.

—No comprendo nada, Alex. ¿Tienes nuevo novio?

Miró al techo y resopló.

—¡No! Lo inventé después de que él me dijera que se iba a casar con Kitty.

—¿Quién es Kitty?

—La mujer que me quitó a Frank.

Lucy ladeó la cabeza hacia un costado y cruzó los brazos.

—En realidad, ella no te lo ha quitado porque tú nunca lo tuviste.

Parpadeó.

—¿De qué lado estás?

—Del tuyo, Alex.

—No parece.

—Tranquilízate y pensemos.

—No iré a su compromiso.

—Frank nos necesita Alex. Además, no sabemos nada de la tal Kitty y él no puede dejar de amarte de un día para el otro.

—¿Cómo sabes que me ama? Él siempre me ha visto como su amiga.

Lucy puso los ojos en blanco.

—Cualquier idiota se daba cuenta que Frank te ha amado durante todo este tiempo, menos tú, Alex.

De repente, sintió un poco de esperanza.

—Debes ir a Grecia y decirle a Frank que lo amas.

—¿Y arruinar su compromiso?

—¿Acaso prefieres que él se case con otra mujer tal vez para olvidarte a ti? ¿Podrías vivir que dejaste ir al hombre de tu vida sin hacer nada al respecto?

Ella negó con la cabeza.

—Tengo una semana para encontrar un novio falso y llevarlo conmigo.

—Tal vez tenga la solución para eso —dijo Lucy, abriendo la puerta del consultorio—. ¿Conoces Grecia, Arthur? —le preguntó a su paciente.

Sujetó el brazo de su prima con fuerza.

—¿Qué crees que estás haciendo, Lucy?

—Ayudándote...

—¿Quieres que lleve a Arthur, tu paciente, conmigo?

Lucy enarcó una ceja.

—¿Tienes una mejor opción?

9. HELENA DE TROYA

Atenas, Grecia...

HALLÓ a Frank esperándola en el aeropuerto con un cartelito que decía «Alex y Lucy» cuando se bajó del avión. No pudo contener la emoción de verlo y corrió a abrazarlo. Nunca habían pasado tanto tiempo sin verse. Cerró los ojos y quiso mantenerse entre sus brazos toda una eternidad.

—¿Qué tal el vuelo, ratita? —le preguntó, besándole la frente.

Ella gimió.

—Agotador, pero ahora estoy mucho mejor.

Él se rió.

—¡Frank! —gritó Lucy.

Él la soltó y quiso matar a su prima por interrumpir un momento mágico.

—¡Hey, Lucy, me alegra que vinieras!

Su prima sujetó la barbilla de Frank y le ladeó la cabeza de un lado a otro, mientras lo estudiaba.

—El sol de Grecia te ha favorecido —comentó, divertida.

—Y puede que a ti también durante tu estadía.

—¿Dónde está tu prometida? ¡Ya quiero conocerla!

Apretó los puños a los costados del cuerpo y le lanzó a Lucy una mirada arrolladora. ¿Por qué había tenido que mencionarla?

—Está estacionando el coche, vendrá en un momento —él se volteó para mirarla y agregó—: ¿Han venido sola?

Se cruzó de brazos y enarcó una ceja.

—¿Quieres saber si he venido con mi novio?

—¿Acaso ya has terminado con él? —se mofó.

Que él la siguiera viendo como una mujer inestable la enfureció.

—Me dijiste que no iba a molestarte si lo traía —le recordó—. ¡Arthur, cariño, aquí estamos! —exclamó, haciéndole una seña con la mano.

El paciente de Lucy se acercó con todas las maletas y de repente, «plaf». Puso los ojos en blanco. Él se había vuelto a dormir.

—¡Oh, por Dios! —Gimió Frank, corriendo para auxiliarlo—. ¿Él se encuentra bien?

—No te preocupes, Arthur hace esto todo el tiempo —le dijo—. Él es narco.

Frank frunció el ceño.

—¿Narco? ¿En qué líos te has metido, Alex?

—Arthur no es narco, narco. Él tiene narcolepsia —le explicó Lucy—. No tiene control del sueño.

Arthur abrió los ojos y sonrió.

—¿Tú debes ser Frank, verdad?

—¿Y tú el novio de Alex?

Hizo a un lado a Frank y ayudó a Arthur a levantarse. Lo conocía muy bien para saber que él empezaría con su interrogatorio y descubriría que Arthur no era su enamorado.

—¡Frank! —gritó una mujer que se dirigía hacia ellos.

Algo en su interior se quebró. Ella debía ser la futura prometida. Verla hacía que todo fuese más real. Frank le sujetó la mano y ese pequeño gesto que él tuvo con su prometida, hizo que sintiera que su viaje para conquistarlo había sido en vano. Admitía que Kitty era bonita. Rubia, ojos azules, y poco más baja que ella. Tenía la impresión de que ya la conocía. Había visto su rostro en algún otro sitio, pero no sabía en dónde.

—Ella es Kitty —la presentó—. La mujer que me robó el corazón.

Soltó un bufido y todos fijaron sus ojos en ella.

—¿Tu eres Alex, verdad? —preguntó la flamante prometida.

—Sí...

Kitty chilló como una tonta y la abrazó.

—Frank me ha hablado mucho de ti —expresó—. Hasta siento que te conozco.

—¿Ah, sí? Y él solo te mencionó cuando avisó que se comprometían.

—Yo soy Lucy —intervino su prima.

—¿Ya han estado en Grecia alguna vez? —les preguntó.

Arthur levantó una mano.

—Yo sí...

—Me muero de ganas de enseñarle la ciudad —siguió diciendo Kitty.

Frank le dio un beso a su prometida e intercambiaron risitas cómplices.

—Pero ellos deben encontrarse cansados por el viaje, cariño.

—Oh, vale, entonces será mejor que vayamos yendo.

Ella no quiso ser menos que la parejita feliz y rodeó la cintura de Arthur con un brazo y le acarició una mejilla.

—¿Estás cansado, cariño? —murmuró en un tono meloso.

—De hecho sí —afirmó él—. Me tocó sentarme del lado del pasillo y la azafata me golpeó varias veces con el carrito. Y tus ronquidos no me dejaron pegar un ojo...

Frank soltó una carcajada.

—Entiendo de que hablas —replicó—. Iré a buscar el coche.

Esperó a que la parejita feliz se alejara para golpear a Arthur en el hombro.

—¿Ronco? ¿Enserio? No debes decir esas cosas de mí, idiota —le reprochó.

—Déjalo en paz, Alex —lo defendió Lucy—. Está haciendo lo que puede. Carga las maletas al coche, Arthur —le ordenó.

Se cubrió el rostro con las dos manos y resopló.

—Fue una pésima idea haber venido —se quejó.

—¿Lo dices enserio? ¿Acaso no has visto a Kitty?

«Sí, Kitty era preciosa».

—¡Ella no tiene nada de malo! —exclamó, histérica.

Lucy puso los ojos en blanco.

—¿No te recuerda a nadie?

Se encogió de hombro.

—Su rostro me es familiar...

—Madre mía, pero si Dios me ha dado una prima idiota.

—¡Hey! —gimió.

—¡Kitty es una calcomanía tuya, Alex!

Su cara se arrugó.

—No puede ser...

Arthur dejó las maletas en el suelo y se paró a su lado.

—Ella es más baja y joven que tú, pero de ahí, son dos gemelas separadas al nacer.

¿Más joven que ella? ¡Tampoco era para tanto!

—¿No te pidieron que llevaras las maletas al coche? —le cuestionó, a través de los dientes.

Lucy se llevó un dedo a la barbilla, pensativa.

—Frank cree que está enamorado de Kitty, pero en realidad, está enamorado del reflejo de ella que se parece mucho al tuyo —dijo como si estuviera psicoanalizando a un paciente—. Ahora comprendo la razón por la que se ha enamorado tan rápido y quiera comprometerse. Su subconsciente cree que eres tú. Debes evitar que Frank cometa una locura, Alex.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Había visto como él la miraba y parecían estar completamente enamorados. Ni siquiera sabía si iba a poder sopórtalo verlos juntos todo el tiempo.

—Haré lo que pueda para romper ese compromiso —dijo—. Pero primero salgamos del aeropuerto.

10. MALETA EXTRAVIADA

LLEGARON a una enorme residencia enclavada en una loma. Cruzaron un alto portón de hierro y una casilla de guardia construida en piedra, recorrieron el largo camino de acceso flanqueado por cipreses majestuosos y se detuvieron frente a una inmensa mansión mediterránea rodeada por seis estatuas magníficas. Un hombre los aguardaba al frente de la casa.

Kitty salió corriendo del vehículo para abrazar al hombre de la entrada y lo llamo «*papi*». Estupendo, solo le faltaba que su doble fuese millonaria. Ellos se bajaron del coche y Frank pasó a presentarles su suegro. Él era el dueño de una flota marítima y eso explicaba el pedazo de casa que tenía.

—Frank estaba preocupado que sus amigos no llegaran a tiempo a su compromiso con mi hija —comentó Ergüm. Él la miró con un brillo de admiración en los ojos y dijo—: Es un placer conocerte Alexandria.

¿Alexandria? Supuso que su nombre en griego se pronunciaba de esa forma.

—Su casa es muy bonita —repuso con una sonrisa en los labios.

Frank le rodeó los hombros con un brazo y la apartó del grupo.

—Debo decirte algo importante Alex —susurró—. Luego pasaré por tu habitación para hablar. Kitty no debe enterarse, ¿vale?

Ella asintió con la cabeza. No pudo evitar sentir un cierto regocijo al saber que él tenía secretos con su prometida. ¿Él iba a pasarse por su habitación? Sus esperanzas acababan de sumar un punto a su favor. Hizo un paneo mental de las cosas que había guardado en su maleta y agradeció haber traído su camisón de raso negro. Iba a pelear por él. Iba luchar por los dos.

Ingresaron por detrás de Ergün a la residencia. El living era inmenso, con vigas altas en el techo y cómodos sillones y sillas por doquier. Los pisos eran de mármol italiano, de color claro. Frunció el ceño cuando vio una escultura. Se parecía mucho a las que ella hacía. Siguió de largo para no perder a su guía. Habían quedado que todo se reuniría en dos horas en el

comedor para la cena.

Lucy pasó un brazo por su codo mientras miraban con admiración su alrededor.

—¿Sabes? Dudo que Frank quiera dejar a su prometida por mí después de ver en donde podría vivir.

—Yo tampoco la dejaría.

Le lanzó una mirada ceñuda.

—Bromeo, Alex.

—No quiero interrumpir su conversación —dijo Arthur a sus espaldas—. Pero serían tan amables de ayudarme con las maletas.

—¿Tú has oído algo? —le preguntó Lucy.

Hizo una mueca.

—Creo que... mmm... no, no he oído nada. Tal vez mis ronquidos no me dejan escuchar —repuso, mirando a Arthur de reojo.

—Cuántas veces debo decir que lo siento...

El ama de llaves los llevó a un fantástico dormitorio en suite, decorado en tonos de beige y blanco. Había allí una inmensa cama con dosel, sofás y sillones blancos, mesas y lámparas antiguas y cuadros impresionistas en las paredes. Las persianas, de tono verde agua, no dejaban pasar el resplandor del sol.

—Uauuu... —gimió, arrojándose sobre la cama.

Lucy abrió las puertas corredizas que separaban las alcobas y soltó un silbido. Ella se acercó a la ventana y vio a través del cristal el mar de un color turquesa a la distancia.

—¿Dónde dormiré yo? —quiso saber Arthur, dejando las maletas en el suelo.

Esa era una buena pregunta. No habían preparado una alcoba para él, porque se suponía que venía con ella. Si pedía otra habitación para Arthur, Frank empezaría sospechar.

—Lucy te hará un lugar en su cama.

Su prima asomó la cabeza a la habitación.

—¡Hey! Arthur solo te está ayudando, deberías ser más considerada

con él —le reclamó—. La próxima vez, diles a todos que Alex se tira pedos mientras duerme.

Arthur se rió y cayó dormido sobre el equipaje.

Había preferido no bajar a cenar para tener tiempo suficiente para arreglarse después de haber tenido un viaje tan largo. Frank le había dicho que se pasaría por su alcoba y quería estar linda para él. Se secó el cabello con la toalla y se puso crema en todo el cuerpo. Arrojó la maleta sobre la cama y la abrió. El rostro se le transfiguró cuando empezó a sacar remeras con estampas de ositos, un tutu de bailarina, pequeñas zapatillas. ¡Joder! Esa no era su maleta. Puso los brazos en jarra y sacudió la cabeza. ¿Qué diablos iba a ponerse?

La puerta sonó. «Frank». Su plan empezaba a funcionar. Respiró hondo. Se ajustó el cinturón de la bata de baño y se olió el aliento, luego abrió esbozando una amplia sonrisa.

—Arthur, cariño, te estaba extrañando... oh, Frank, eres tú —murmuró como si no lo estuviera esperando.

Él apoyó un hombro en el marco de la puerta y le dio un mordisco a la manzana que tenía en la mano.

—No bajaste a cenar —dijo en un tono de reclamo.

—Me sentía un poco cansada.

Frank enarcó una ceja y la hizo a un lado para ingresar a la habitación.

—Pero no lo suficiente para esperar a tu noviecito en bata.

—¿Celoso?

Él echó el rostro hacia atrás y resopló.

—¿De Arthur? Ni siquiera sé qué fue lo que le has visto.

Ella acortó la distancia que había entre los dos. Se inclinó y le dio un mordisco a la manzana que él sujetaba.

—¿Ni un poquito? —insistió, masticando despacio.

Él apoyó sus manos sobre sus hombros y la apartó.

—Soy feliz si tú eres feliz, Alex.

No era la respuesta que esperaba. Se aclaró la garganta.

—¿Qué me dices de Kitty? ¿Ella te hace feliz?

—Me estoy por comprometer con ella, ¿verdad?

Se sujetó del dosel de la cama y adoptó una posición seductora, cruzando los talones y sacudiendo el cabello hacia un costado.

—Nunca te hubiera imaginado al lado de una mujer como Kitty. ¡Vamos Frank! No puedes estar hablando en serio en casarte con ella. ¡Apenas la conoces! —chilló.

Él chasqueó la lengua.

—Pensé que mi mejor amiga me apoyaría en esto, como yo te he apoyado en cada decisión que has tomado. ¿Tienes algo en el ojo, Alex?

«No idiota, intento seducirte». Fingió que tenía una basurita y siguió:

—Kitty parece una muchacha encantadora —mintió.

Llevó su estrategia hacia otra perspectiva. A los enemigos debía tenerlos más cerca.

—Lo es Alex, y me gustaría que le des una oportunidad para conocerla.

Hallaría el punto débil de Kitty y le enseñaría que ellos no tenían nada en común. ¡Vivían en dos mundo diferentes!

—Si eso te hace feliz, lo haré.

Él le dirigió su preciosa sonrisa. Una enorme sonrisa que se apoderó de sus brutales rasgos de su cara. ¿Por qué había estado ciega durante tanto tiempo? El hombre de su vida siempre había estado a su lado. Se llevó toda la cabellera hacia el otro hombro y el movimiento hizo que se enredara con las piernas y para no perder el equilibrio, se sostuvo con fuerza del dosel. Fuerza que una cama vieja no estaba preparada para soportar y todo se le vino encima.

Frank corrió para ayudarla y sacarla debajo de tanta tela enredada.

—¿Estás bien Alex? —Le preguntó entre risitas—. ¿Qué diablos intentabas hacer?

Al darse cuenta que sus encantos no ejercía poder sobre él, la enfureció. Tal vez Frank solo la veía a través de ojos de amigos. ¿Y si la

fantasía que ellos dos estuviesen juntos solo estaba en su cabeza? ¿Y si Kitty era la mujer indicada para él? Se le formó un nudo en la garganta.

—¿Por qué has venido a mi alcoba, Frank? —la voz le salió estrangulada.

Él se rascó la nuca y arrugó la nariz.

—Tal vez no te guste lo que voy a decirte...

—Dilo y te lo diré —masculló, quitando el dosel de la cama.

—He creado una página Web con el nombre de Alexandria para vender tus esculturas.

Ella parpadeó.

—¿Qué has hecho?

—Rescaté las esculturas que tiraste a la basura y las vendí. Las vendí a todas, Alex. A las personas les gusta lo que haces, incluido mi suegro.

Tragó saliva.

—¿Por qué no quieres que Kitty se entere de esto?

—Porque quise que ella te admirara y le conté que tú eras una mujer emprendedora, y le mostré la Web de Alexandria enseñándole las cosas que hacías. Kitty cree que tú has hecho todo el trabajo sola.

Se mordisqueó el labio inferior para contener un sollozo.

—Le mentiste para que me admirara porque yo no puedo ser una mujer admirada, ¿es eso lo que intentas decir?

Él miró al techo y resopló.

—Intentó que ustedes se lleven bien.

Sacudió la cabeza.

—¿Mintiendo?

—Alex...

—Vete, Frank...

Él extendió un brazo para sujetarle la mano, pero ella retrocedió.

—No quiero que estemos peleados, Alex —dijo—. Sabes que te quiero y estás malinterpretando las cosas.

Abrió la puerta de la alcoba.

—Vete, Frank —repitió.

Él soltó un cansino suspiro.

—Estaré en mi habitación por si quieres hablar.

11. BODA POR PARTIDO DOBLE

RESOPLÓ y dio vueltas en la cama una y mil veces. Se quedó mirando el techo pensando en cada palabra que Frank le había dicho. Mintió para que su prometida la admirara. ¡Pero ella no quería que la admirara! Odiaba a Kitty y su cara de niña buena y que... y que fuese millonaria y que le quitara a su mejor amigo. Se cubrió el rostro con la almohada y gritó. Había esperado a que Frank regresara otra vez para disculparse como lo hacía cada vez que discutían, pero esa vez se había equivocado. Él no lo hizo. Sintió un dolor en el pecho. Lo estaba perdiendo. Lo sabía.

Echó las mantas hacia atrás y se levantó de la cama de un salto. «Estaré en mi alcoba por si quieres hablar», recordó que él le dijo. Se aseguró de que Lucy siguiera durmiendo porque ella no la dejaría que fuera a buscar a Frank a esa hora de la noche. Pero necesitaba aclarar las cosas con él. Debía decirle que lo amaba y acabar de una buena vez con su sufrimiento.

Salió al silencioso corredor y caminó hasta el final del pasillo, luego dobló a la izquierda. Se acomodó el cabello antes de golpear la puerta dos veces. Un Frank desalineado la atendió.

—¿Alex? —masculló, sorprendido de verla.

Él no llevaba camiseta y se veía como una de sus esculturas bien pulida. Se mordisqueó el labio inferior.

—Vine para que hablemos. No me gusta estar peleada contigo, Frank —dijo con una fingida inocencia.

Él no se movió de la puerta, bloqueándole el paso para que ella no ingresara a la habitación.

—¿Y no pudiste esperar hasta mañana? —le cuestionó.

—No podía dormir, ya sabes... la diferencia horaria.

—¿Quién es cariño? —Oyó que preguntaron desde la alcoba—. ¿Es Alex?

Abrió grande los ojos. No había planeado encontrar a su prometida

con él. Definitivamente, esa parte no estaba incluida.

—Oh, yo... yo... lo siento, Frank —repuso—. No debí venir.

Dio un paso atrás y giró los talones. «Pero que estúpida eres, Alex», se reprendió a sí misma.

—¡Espera, Alex! —exclamó Frank.

—¡Alex! —Gritó Kitty—. Ven aquí, por favor.

Respiró hondo y se volteó esbozando una forzosa sonrisa.

—No quise interrumpir...

Kitty llevaba puesta una camisa de Frank, y por alguna razón, sintió como si le hubieran dado un golpe. «*Hello Kitty*» corrió hacia ella y le sujetó las manos entre las suyas.

—Me alegra que estés aquí, porque serás la primera en saberlo.

Sus cejas rubias se unieron.

—¿Saber qué?

—Acabamos de decidir con Frank que no casaremos a finales de otoño —le contó emocionada.

Se quedó dura del espanto. Parpadeó. Y miró a Frank para que le dijera que todo era una maldita confusión.

—Faltan tres meses —rectificó él.

Ella no recibió un golpe, más bien, un camión acababa de arrollarla. Abrió la boca, pero no le salió ninguna palabra.

—Uuu... —gimió, soltando todo el aire que había contenido en los pulmones—. Uuu... ¿la boda será en tres meses?

Kitty asintió con un frenético movimiento de cabeza.

—¡Genial! —Exclamó, palmeándole las manos con más fuerza de lo necesario—. ¡Se van a casar!

Kitty apartó sus manos y se las acarició, disimuladamente.

—También hay algo que quiero pedirte, Alex.

«¿Qué más vas a quitarme zorra maltrecha?»

—¡Soy toda oído! —fingió hallarse feliz por la noticia.

Kitty miró a su prometido de reojo y luego dirigió su vista hacia ella.

—Frank me contó que eres una diseñadora estupenda...

—No creo que Alex pueda, cielo —la interrumpió Frank.

—Cierra la boca, cariño —le pidió—. Es cosa entre mujeres —añadió, cerrándole un ojo—. Me gustaría que fueses tú quien me hiciera mi vestido de novia.

En ese instante, podía bajarse una botella de vodka de un solo trago.

—Oh, no lo sé, Kitty, porque... porque...

«No lo digas Alex».

—Porque también planeo casarme en otoño.

¡Joder! Y ella lo había dicho.

—¿Bromeas, verdad? —Farfulló Frank, arrastrando cada palabra—. Tú no puedes casarte... no puedes casarte con esa cosa que se duerme cada tres minutos como un bebé.

Ella lo atravesó con una mirada nada amistosa. Él no solo pensaba que su prometida no podía admirarla, sino que además, no podía casarse.

—Esa cosa se llama Arthur y me ha pedido que me case con él —murmuró, alterada—. ¡Y le he dicho que sí!

Frank puso los brazos en jarra y sacudió la cabeza.

—Te prohíbo que te cases con él —le exigió, con la voz ronca de furia.

Ella abrió la boca muda de asombro.

—Tú no puedes prohibirme nada —repuso, señalándolo con un dedo acusador.

—Cariño, Alex tiene razón...

—Prefiero que te mantengas al margen de esta discusión, Kitty —le pidió él—. Tú no conoces a Alex y no sabes de lo que es capaz de hacer para llamar mi atención.

El corazón le latía con fuerza y estaba a punto de estallar con un

ataque de cólera.

—¡Maldito narcisista! ¿Crees que hago esto por ti?

«De hecho sí lo hacía».

—¡Vamos, Alex! Has dicho que te casabas cuando te anunciamos nuestra boda.

—¡Porque no planeaba decirlo todavía! —Se excusó—. Arthur me lo ha propuesto esta misma tarde dejándose llevar por esta... romántica ciudad —añadió casi sin aliento.

Kitty juntó las manos y sonrió.

—Cuéntanos como te lo ha pedido, Alex.

Hizo de cuenta que no la había oído, porque no le daba la cabeza para inventar una escena romántica en ese momento y siguió:

—¿Por qué crees que vine a tu alcoba a esta hora, Frank?

«Para pedirte que no te comprometieras».

—Para darte la noticia —mintió—. Quería compartir mi felicidad con mi mejor amigo.

Él apretó los labios y frunció el ceño.

—Recién conoces a ese capullo, Alex.

—Tú también recién conoces a tu prometida, ¿cuál es la diferencia?

Kitty se cruzó de brazos y miró a su prometido enarcando una ceja.

—Sí, Frank, dinos cuál es la diferencia.

La boca de él formó una línea tersa.

—Supongo que debo felicitarte —dijo, a través de los dientes.

Curvó los labios en una mueca irónica.

—Gracias, Frank.

Cerró la puerta de golpe cuando ingresó a la alcoba. Nada había salido como ella había planeado. Kitty había tenido la estúpida idea que a la mañana siguiente saldrían todos juntos a recorrer la ciudad para tener la oportunidad

de conocerse mejor antes de la fiesta de compromiso. Frank pareció encantado con la propuesta de su futura prometida. ¡Ja! ¿Acaso creía que ella era tonta? Buscaría la forma de quedarse a solas con Arthur para sacarle verdad o mentira. Él se siempre se encargaba de dejar mal parados a los hombres que se le acercaban.

Soltó un grito lleno de frustración. ¿Cómo diablos saldría del lío que acababa de meterse? Y todo por culpa de Frank Martin. Si antes estaba lejos para que él rompiera su compromiso, ahora lo estaba mucho más. Todo se había convertido en una locura.

Abrió las puertas corredizas que separaba su alcoba con la de su prima.

—¡Frank va a casarse en a finales de otoño! —gritó, encendiendo la luz de la habitación de Lucy.

Arrugó la nariz cuando las mantas de la cama de Lucy se movieron y ella sacó la cabeza.

—¿Qué ocurre Alex? —le preguntó, pasándose una mano por el pelo.

—Frank va a casarse...

—Si él está a punto de comprometerse, se supone que planea casarse.

—¿Acaso no comprendes la situación? ¡Voy a perderlo!

Lucy resopló.

—¿Podemos tener esta conversación mañana?

—Vale, lo siento...

Cerró la puerta y luego la volvió a abrir.

—¡Joder, Alex! —Chilló Lucy—. ¿Y ahora qué quieres?

—Arthur...

Él no respondió.

—Sé que te encuentras debajo de las mantas.

Arthur se destapó el rostro.

—Me dijiste que podía dormir en la cama de Lucy.

—Me parece que no solo están compartiendo la cama —susurró, mordaz—. Pero eso no viene al caso ahora, solo quería avisarte que mañana

saldremos a pasear y les dirás a todos que me propusiste matrimonio.

Lucy puso los ojos en blanco.

—¿Algo más que debamos saber?

—Que también nos casaremos en otoño.

—¿Por qué no le dices a Frank lo que sientes y acabas con todo esto?
—la espetó Lucy.

Ella se llevó un dedo a la mejilla, pensativamente.

—Creía que existían ciertas políticas en donde un psicoanalista no podía acostarse con su paciente.

Un almohadón la tumbó hacia atrás y creyó que era un buen momento para cerrar la boca.

12. TURISTAS

QUEDÓ deslumbrada por la ciudad bulliciosa y la interminable sucesión de ruinas y monumentos que aparecían por todas partes. Modernos hoteles y edificios de oficinas se mezclaban en medio de las ruinas eternas, en una exótica fusión del pasado y el presente. Había cafés al aire libre en casi todas las manzanas. Por todas partes se multiplicaban los coloridos puestos de venta de flores. Todo se veía como en los libros que había estudiado en historia del arte.

Kitty había ocupado el rol de guía, mientras Frank conducía el coche. Ella señaló hacia delante y dijo como una griega orgullosa de la historia de su ciudad:

—Ése es el Partenón, en la cima de la Acrópolis.

Miró el edificio de mármol blanco, a través de la ventanilla.

—Dedicado a Atenea, la diosa de la sabiduría —siguió explicando Kitty.

Sintió una punzada en la boca del estómago cuando Frank apoyó la mano en la rodilla de su prometida e intercambiaron risitas como dos enamorados. Ella no quiso ser menos y posó la cabeza sobre el hombro de Arthur, que estaba sentado a su lado, y jugó con el botón de su camisa. De repente, todos pasaron hacia delante cuando Frank frenó de golpe el coche. Frunció el ceño. Él lo había hecho a propósito.

El chofer miró hacia atrás, entre los dos asientos delanteros, y sonrió complacido.

—¿Están todos bien?

Lucy se ajustó el cinturón.

—Intenta tener más cuidado para la próxima, ¿vale?

En ese momento, pasaron frente a otra ruina.

—Ése es el teatro de Herodes Atico —les enseñó Kitty—. Como verán, las paredes aún están en pie. En una época albergaba a más de seis mil

doscientas cincuenta y siete personas.

—¡Todo se ve increíble! —Dijo con sinceridad—. Puedo respirar inspiración en cualquier rincón. Ahora mismo haría una escultura.

Frank estacionó el coche a un costado.

—Entonces bajemos para que veas todo desde más cerca.

—Excelente idea, cariño —murmuró Kitty, dándole un beso rápido a su prometido.

Se sujetó el vestido cuando salió del vehículo. Arthur había tomado la maleta equivocada y cogido la de una niña. Había hallado un vestido floreado que le entraba pero que le quedaba demasiado corto. Aprovecharía el paseo para ir de compras. Le lanzó una mirada ceñuda a Lucy por encima del hombro.

—Espero que por lo menos te dé lástima —Le reclamó—. Debiste prestarme el pantalón que te pedí.

—¿Y perderme la diversión?

—Se supone que ibas a ayudarme a reconquistar a Frank —susurró—. Me veo horrible con esto.

—Luces genial, Alex. Solo no levantes tantos los brazos o se te verá la arañita —se mofó.

Apretó los labios para no soltar una blasfemia delante de Frank. Quería que viera lo feliz que era con su prometido. Sujetó el brazo de Arthur para caminar a su lado y avanzaron entre la muchedumbre. Estaba maravillada de ver tanta gente que caminaba presurosa por las calles, creando un gran bullicio con sus conversaciones. Después ellos se encaminaron hacia Plaka, la parte vieja de Atenas en el corazón de la ciudad, con sus callejuelas sinuosas y sus escaleras decrepitas que llevaban a casas diminutas, cafeterías y ruinosos edificios blancos.

Kitty quiso que se detuvieran en una cafetería al aire libre. Respiró hondo cuando se sentó en la butaca. Grecia era increíble. Tal vez Frank no se equivocó cuando la recomendó que regresara con las esculturas. Sacó el teléfono del bolso y buscó la Web Alexandria. Deslizó el dedo por la pantalla y leyó los comentarios. La mayoría eran positivos y pedían más esculturas. Se mordisqueó el labio inferior y alzó la vista hacia Frank. La sonrisa se borró de sus labios cuando halló a Frank susurrando a su prometida algo en el

oído. Kitty soltó una risita. Risita que rompió su buen humor. Debía encontrar urgente algo malo en ella. Madre mía, pero si se estaba convirtiendo en la bruja del mago de OZ.

—¿Qué es Alexandria? —preguntó Arthur cuando se sentó a su lado.

—¿No sabes que es Alexandria? —Replicó Kitty, incrédula—. Es la página Web en donde Alex vende sus esculturas.

—¿Desde cuando tienes una página, Alex? —indagó Lucy, ceñuda.

Ella se aclaró la garganta.

—Desde hace unos meses...

Kitty se quitó las gafas del sol y miró la pantalla de su iPhone.

—¡Tus escultura son estupendas! Mi padre te ha comprado varias. ¿Sabes? Se me ha ocurrido una idea.

—¿Te irás a Siberia?

—Alex... —masculló Lucy, a través de los dientes.

—No te preocupes Lucy, Frank ya me ha puesto al tanto del humor ácido que tiene Alex —murmuró, recibiendo un beso de su prometido—. Se me ha ocurrido exponer todas tus esculturas en una galería.

Le molestaba que fuese tan buena con ella porque no le daba razón para odiarla.

—No, gracias.

—¿Y por qué no? Muchos sabrán lo buen artista que eres.

—Porque no y punto.

—Kitty solo está intentando ser amable, Alex —la defendió Frank, mirando a su prometida a los ojos.

Sintió ganas de vomitar. Arrojó los brazos al cuello de Arthur y frotó la nariz contra su mejilla.

—Lamento no haberte dicho nada sobre Alexandria, cariño —musitó en un tono meloso, espiando a Frank de reojo.

El rostro de Arthur se tiñó de colorado.

—No te preocupes... —repuso nervioso.

—Míralos Frank, ¿no hacen una linda pareja?

Lucy se atragantó con el café.

Frank volcó toda su atención sobre ella y entrecerró los ojos bajo el sol de la mañana.

—¿Y a que te dedicas, Arthur?

¡Joder! Él iba a comenzar con su interrogatorio. Sujetó la mano de Arthur y se la llevó a los labios para besarla, luego ocultó el rostro contra su cuello y susurró: «No le sigas el juego y bésame».

—Soy cirujano... —pero él prefirió responder.

Frunció el ceño.

—¿Eres cirujano?

Frank levantó una ceja.

—¿No sabes la profesión de tu prometido?

Le dirigió una sonrisa mordaz.

—Claro que lo sé...

—Dinos Arthur, como puede alguien ser cirujano cuando no puede controlar el sueño. ¿Nunca te has quedado dormido en medio de una operación? —preguntó con evidente malicia.

—Siempre tengo a alguien que sigue mis indicaciones y en mi clínica estamos implementando las cirugías con inteligencia artificial.

—¿Tienes una clínica?

—Se nota que conoces muy poco a tu prometido, Alex.

—Arthur es un excelente cirujano —comentó Lucy mirando a su paciente a los ojos.

—Cool... —gimió Kitty.

No soportó la risita burlona de Frank por haberla dejado expuesta de que no conocía nada a su prometido. No dejaría que se saliera con la suya. Sujetó el rostro de Arthur entre sus manos y lo besó con la boca abierta.

—Pero él besa mucho mejor —expresó, pasándose el dorso de la mano por la boca.

Arthur sonrió y de repente, cayó dormido sobre sus pechos.

Frank chasqueó la lengua.

—Buen lugar eligió la *bella durmiente* para descansar —murmuró, irónico.

—Pero me gusta más cuando se duerme en otros sitios —replicó, cerrando un ojo.

Lucy soltó un bufido de exasperación y se puso de pie con tanta precipitación que casi tiró la silla.

—Iré a comprar un recuerdo para llevar —les avisó—. Sabes dónde puedo conseguir una remera con la estampa: «*No seas tan patética*» —le consultó a Kitty, pero mirándola a ella.

Era su impresión, o acaba de llamarla patética. ¡Pero había sido su idea de usar a su paciente como su pareja! No cabía duda que Lucy estaba tan loca como todos los Bloom. Incluida ella.

—Solo encontraras estampas con «*Estuve en Grecia o Yo amo a Grecia*» —respondió Kitty, sin notar que la indirecta había sido para ella.

Arthur se despertó y siguió a Lucy por detrás. Genial. Había quedado sola con la parejita feliz. Kitty esperó a que Lucy abandonara la silla para ocupar su lugar. Apoyó su mano sobre su brazo y se inclinó hacia ella.

—Lamento que hayas perdido tus maletas, Alex —le dijo con su carita de niña buena—. Puedo prestarte ropa sino tienes que ponerte para esta noche.

¿Usar un vestido de la persona que iba a causar la noche más triste de su vida?

—Haber perdido las maletas me da la excusa perfecta para comprar ropa nueva, ¿qué sitios me recomiendas ir?

Kitty le indicó donde quedaban un par de tiendas.

—Me gustaría acompañarte —repuso, mirando el reloj—. Pero me está esperando el chef que preparará los aperitivos de esta noche. Debo darle las últimas indicaciones.

—No te preocupes, Arthur irá conmigo.

Si lo llegaba a localizar. ¿Dónde diablos se había metido? Buscó a Lucy y ella también había desaparecido. Estupendo, su prometido le ponía los cuernos con su prima. Sacudió la cabeza y se rió sola.

13. TE AMO TANTO QUE DUELE

HABÍA escogido varios vestidos de la boutique y se metió en el probador que la vendedora le señaló. Resopló cuando intentó bajarse la cremallera de la espalda y parecía ser una misión imposible. Abrió la puerta y sacó la cabeza, procurando mantenerse bien oculta, mientras buscaba a Lucy para que la ayudara. Su prima había desaparecido. Otra vez. Se metió rápido en el probador cuando observó a Frank en la tienda.

La voz de él se filtró a través de la puerta cerrada.

—¿Alex?

¿Cómo la había encontrado?

—E-estoy en el probador tres —le avisó.

—Lucy fue quien me envió.

—¿Dónde está ella? —quiso saber.

—Se encuentra con Kitty y tú prometido en un museo cerca de aquí.

Abrió la puerta cinco centímetros y asomó las narices.

—Entonces ve por ella y dile que venga porque la necesito.

—¿Y yo no puedo hacer nada por ti?

Que él la ayudara a quitarse el vestido era peligro alto voltaje.

—No, no puedes.

—¡Vamos, Alex! ¿No crees que ya es tiempo que hagamos una tregua?

Ella resopló.

—Vale...

—¿Necesitas que le pida algo a la vendedora?

—No, necesito que me bajes la cremallera del vestido.

Esperó a que él le diera una respuesta.

—Entonces creo que deberías dejarme entrar, ¿no?

Frank le sonrió cuando ingresó al pequeño cubículo.

—Como en las viejas épocas —comentó él—. ¿Recuerdas el día de nuestra graduación?

Ella dejó su enfado a un costado y curvó las comisuras de los labios hacia arriba. Asintió con la cabeza. Su pareja de baile la había plantado esa noche y Frank había dejado la fiesta para buscarla. Ella se había negado a ir a su graduación y él se encargó de ponerle el vestido para obligarla a ir.

—Sí, habías elegido el vestido más horrible de mi armario para que me pusiera.

—Todos tus vestidos de tu adolescencia eran horribles, Alex.

Ella soltó una carcajada y le estampó el puño en el hombro.

—¡Hey! El terciopelo estaba de moda —se defendió.

Frank dejó de reírse y mantuvo su mirada por un momento.

—¿Qué nos está pasando, ratita? —le preguntó, apartándole un mechón de pelo de la frente.

Había descubierto demasiado tarde que siempre había estado enamorada de él. Y que era una idiota por pensar que entre ellos podía existir una oportunidad. Si tan solo él le diera una señal que podía sentir algo por ella además de amistad.

—¿Estamos poniéndonos viejos? —replicó, encogiéndose de hombros.

—Date la vuelta que te ayudaré con la cremallera.

Ella le dio la espalda y miró hacia el espejo, echando todo el cabello hacia un costado.

—¿Amas a Kitty?

Después de un silencio él respondió:

—Claro...

—¿Y alguna vez a mí me amaste como a ella?

—¡Joder! Está porquería no quiere bajar —se quejó—. Tendrás que quitarte el vestido por la cabeza.

—Me aprieta demasiado, no saldrá...

—Levanta los brazos que te ayudaré.

Ella los levantó por encima de la cabeza. Él cogió el ruedo del vestido y empezó a subirlo. La tela se le estancó en los hombros y ella quedó atrapada.

—¡No respiró, Frank! —chilló, acalorada.

Y qué él la estuviera viendo en ropa interior la desesperaba aún más.

—Shh... estoy intentando quitártelo —murmuró a través de los dientes, mientras jalaba el vestido hacia arriba.

—¡Te dije que no saldría! ¡Oh, por Dios, me estoy asfixiando!

—No exageres, Alex.

—¡Soy claustrofóbica!

—Respira conmigo, cariño —le pidió en un tono calmo—. Inhala aire por la nariz y exhala por la boca.

«Crack». Él había partido en dos la tela del vestido. Se llevó una mano al pecho, mientras intentaba respirar con normalidad.

—Supongo que el vestido no te gustaba... —comentó Frank.

Alzó la vista de golpe hacia él y lo descubrió estudiando su cuerpo como si fuese la primera vez que la veía en ropa interior. Tragó saliva.

—Hubiese tenido la muerte más absurda por tu culpa. No te rías, gilipollas.

Sin previo aviso, Frank le sujetó el rostro entre sus manos, la empujó contra el espejo del vestidor y aplastó su boca en la de ella. Sus besos se hicieron más intensos, más demandantes: largos besos que la drogaban y la dejaban sin respiración. Su calor y su fortaleza la arrollaron cuando la mano libre de Frank agarró su pierna por debajo de la rodilla y la levantó. Ella enroscó la pierna en la cadera de él y lo abrazó. El deseo que su cuerpo había estado albergando por él durante semanas se apoderó de ella.

Las manos de Frank se extendieron por su espalda desnuda, buscando el broche del sujetador. A ella se le puso la piel de gallina. El broche se abrió y lanzó el sujetador a un lado. Se aferró a él, con las manos clavadas en su espalda, sus piernas subían y bajaban por sus caderas al tiempo que sus labios se separaban en una exhalación de alivio que permitió que su lengua entrara para provocarla. Jadeaban y tiraban de la boca del otro como si ellos no

podieran llegar lo bastante profundo.

Frank interrumpió el beso, retirándose solo un centímetro para mirarla a los ojos.

—Alex... —susurró, acariciándole la mejilla con la mandíbula.

Llevó el dedo índice a sus labios.

—No digas nada Frank.

—Te amo tanto que duele.

«Te amo tanto que duele». Sus palabras fueron una caricia a su corazón. Inclino la cabeza y apoyó la frente contra la suya y sonrieron como aquellos niños que se dieron su primer beso. Cuando reparó en su erección clavándose contra su estómago, sabía que estaba perdida. Ella era suya. Siempre lo había sido. Su vientre se encogió y gimoteó contra su boca, con las bragas empapadas de deseo. Frank la besó otra vez, frotando su polla dura contra ella, atormentándola. Sus brazos rodearon su cintura, fusionando sus cuerpos mientras sus bocas se alimentaban ansiosamente una de la otra.

—Dime si la *bella durmiente* puede hacerte sentir así entre sus brazos —murmuró contra su oído.

—No voy a hablarte sobre él —siseó con la voz entrecortada.

—Eres mía, Alex. Nadie te conoce mejor que yo.

Ella gimió cuando él le mordió el lóbulo de la oreja.

—Admite que no los amas.

—No.

—Admite que no te casarás con él.

—¿Amas a Kitty?

—No más que a ti.

—¿Entonces... no te casarás con ella?

—Sí lo haré...

Trató de apartarlo, pero solo consiguió que se apretara más a fondo entre sus piernas, sujetándole las muñecas para parar los puñetazos que estaban a punto de volar hacia él.

—¡Estás jugando conmigo!

—Una vez me pediste que te hiciera el amor, Alex, y ahora soy yo el que te está pidiendo que me devuelvas el favor.

No lo entendía. Él la estaba usando. Frank intentaba darle una lección. De repente, abrió grande los ojos.

—¿Desde cuándo me amas, Frank?

Él le dirigió una sonrisa mordaz.

—Desde siempre Alex —respondió, buscando sus labios—. Me debes esto. Quiero correrme en ti una vez más. Que sea mi regalo de boda.

Un nudo se le formó en la garganta. Comprendió lo que él debió sentir durante todo esos años. Frank tenía razón. Ella se lo debía. Le daría su despedida aunque supiera que después de eso el corazón se le rompería. Las manos fuertes de Frank se deslizaron por su espalda y bajaron por su trasero. Su cuerpo comprendió lo que quería y sus piernas se envolvieron automáticamente en torno a su cintura al tiempo que él la apretaba contra el espejo empañado, con su erección frotando su clítoris y empujándola con sus caderas. La satisfacción y la necesidad la atravesaron y jadeó contra su boca, rogando más en silencio. La pasión de él era voraz y podía sentir cada caricia como un golpe. Él buscaba vengarse del dolor que le había causado. Las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas.

Frank se detuvo de golpe y bajó sus piernas al suelo.

—No llores Alex, no quiero lastimarte...

—¿Por qué te detienes? ¿Acaso no era esto lo que buscabas? ¿Vengarte de mí por haberme amado durante todos estos años en secreto?

Él le sujetó el brazo con fuerzas.

—¿Por qué haces esto Alex? ¿Por qué actúas como si en verdad te importara que me vaya a casar con otra mujer?

—Porque te amo Frank —respondió, enjuagándose las lágrimas con las yemas de los dedos—. Porque he sido una idiota por no ver lo que siento por ti. Y si... y si todavía te queda un poco de ese amor por mí, no te cases con ella.

Él se humedeció el labio inferior y se apartó.

—No le voy a hacer a Kitty lo que tú hiciste conmigo —dijo con la voz ronca—. Te esperaré afuera. No demores.

Dicho eso, salió del probador. Ella pasó el brazo por el espejo empañado y lo limpió. Miró su reflejo. El reflejo de una mujer que acababan de romperle el corazón. Se sorbió la nariz con el dorso de la mano. ¿Y qué creía? ¿Qué él iba a correr a sus brazos cuando le dijera que lo amaba? Cogió su sujetador del suelo y se lo puso. Se tocó el labio hinchado con los dedos. El compromiso era en pocas horas y no se daría por vencida. Él le había dicho que la amaba. No dejaría que cometiera el peor error de su vida. Frank Martin le pertenecía como ella a él.

14. EL COMPROMISO

ARROJÓ los brazos al cuello de Frank cuando él le abrió la puerta de la alcoba. Ella se había acabado una botella de champaña para hacer lo que estaba a punto de hacer. Los invitados habían empezado a llegar a la fiesta de compromiso. El padre de Kitty no había escatimado en gastos para convertirlo en el evento del año.

—No te comprometas, Frank —le pidió—. Podemos irnos ahora mismo, todavía estás a tiempo.

Él la hizo pasar a la habitación y cerró la puerta a sus espaldas.

—¿Te has vuelto loca, Alex? —Gruñó—. Alguien puede oír los disparates que estás diciendo.

Ella intentó besarlo, pero él dio un paso atrás.

—¿Qué ocurre contigo? ¿Estás borracha?

Se encogió de hombros.

—Solo tomé un par de copas —repuso seguido de un hipo—. Pero no cambies de tema, Frank. No puedes casarte con Kitty ¡tú no la amas! —estalló.

Él sacudió la cabeza y se metió la camisa en la pretina del pantalón blanco. El bronceado del mediterráneo hacía que resaltaran sus ojos verdes. Se veía más guapo de lo normal. Clavó sus ojos en su boca y solo quería besarlo.

—Quiero a Kitty y me voy a comprometer con ella, ¿vale?

—¿Y por eso ibas a hacerme el amor hace unas pocas horas?

—E-eso fue u-un error, Alex —tartamudeó.

—¡Lo que estás a punto de hacer es un error!

—Kitty es una mujer hermosa, buena, divertida, una gran actriz...

Dobló los brazos hacia delante y soltó un gemido.

—¡Oh, por Dios! ¿Estás oyendo lo que dices? ¡Intentas convencerte a

ti mismo que la amas!

Él se rodeó la muñeca con el reloj y lo prendió, luego alzó la vista hacia ella.

—¿Por qué haces esto?

—Ya te lo dije Frank, porque te amo —respondió, avanzando hacia él—. Y no quiero que cometas un error.

Él bajó la mirada al suelo y se rascó la nuca.

—¿Quieres saber por qué haces esto en realidad, Alex? —Continuó cuando asintió con la cabeza—. Porque eres una maldita egoísta. No soportas la idea que ya no esté detrás de ti limpiando todos tus desastres. ¿Cuándo dejarás de comportarte como si fueses el ombligo del mundo?

Ella extendió un brazo y le acarició la mandíbula.

—¿Te sientes mejor al haberte descargado? Sé que te enoja que recién ahora descubra cuanto te amo. Admito que no es el mejor momento. Y tienes razón cuando dices que Kitty es una buena chica, pero no la amas. Y te aferras a ella solo porque se parece mucho a mí, pero no soy yo, cariño.

—¡Joder, Alex! Tu egocentrismo no tiene límites. Ya he vivido esto antes contigo, ¿recuerdas a Jason? ¡Él era el hombre de tu vida! Pero espera un momento... ¿qué me dices de Arthur? ¿No te casarás con él en otoño?

—Pero ellos no son tú, Frank —murmuró—. Siempre los he comparado contigo. Esa era la razón por la que siempre elegía al hombre inadecuado. Su error era no ser tú, cariño. ¿No te das cuenta? Inconscientemente, volvía a ti vez tras vez.

Él sonrió mordaz.

—¿Cuánto tiempo crees que durará tu amor por mí? Una vez que diga que sí, a los tres meses saldrás corriendo. Nunca duras más de tres meses en cada cosa que haces.

—Te equivocas, tú me has durado toda la vida.

—Porque hemos sido amigos —le aclaró—. Acaba con esto, Alex, y sal de mi alcoba que debo terminar de arreglarme.

Le partía el corazón la frialdad con la que él estaba actuando.

—Pero primero mírame a los ojos y dime que no me amas.

Él la miró a los ojos y le dijo que no la amaba. Pero estaba acostumbrado a rodearse con actores y podía estar actuando.

—Si no sientes nada por mí, entonces no te molestará darme un beso de despedida.

—¿Y luego te sacaré esta idea absurda de la cabeza?

Ella asintió con la cabeza.

Frank soltó una maldición por lo bajo y sujetó su rostro entre sus manos.

—Abre la boca y di «ah» —le pidió mientras posaba la boca con dureza en la de ella.

Ella jadeó de sorpresa y apoyó las palmas de las manos contra su pecho. Frank cerró los ojos y suavizó el beso y ella sintió cómo le rozaba el labio inferior con la punta de la lengua. Le lamió la comisura de la boca y le succionó ligeramente los labios. Un escalofrío ardiente le recorrió la espalda. No era un beso vacío. Era un beso cargado de pasión. Él todavía la amaba. Lo sabía. Y antes de poder pensar en nada más, le devolvió el beso con la misma urgencia. Le rozó la lengua con la suya y el calor se incrementó. Luego tan repentinamente como había comenzado, él la apartó con brusquedad.

—No dejaré a Kitty por ti Alex —dijo más para convencerse a él mismo que a ella.

La puerta de la recámara sonó.

—¿Ya estás listo para bajar, cariño? —le preguntó Kitty desde el corredor.

Frank abrió grande los ojos y miró a su alrededor.

—Escóndete debajo de la cama...

—No voy a esconderme en ningún sitio si antes no me dices que sientes realmente por mí —le advirtió, a la vez que empezaba a bajarse por los hombros los tirantes del vestido.

—Madre mía, pero si has enloquecido.

—Si no quieres que tu novia me encuentre desnuda, empieza a hablar.

Él apretó los puños a los contados del cuerpo. Lo conocía y sabía que estaba realmente cabreado. Pero el único modo que encontraba para que él le

dijera la verdad, era bajo presión.

—Sí, te amo, pero Kitty me da estabilidad, algo que tú no puedes ofrecerme. Y no quiero pasarme la vida pensando en que momento vas a dejarme. Ya te lo he dicho, ahora metete en el armario y hagamos de cuenta que esto nunca ha sucedido. Somos amigos y siempre será así.

Frank la sujetó del brazo y la ocultó en el guardarropa, luego se dirigió a la puerta y la abrió.

—Te ves guapo, cariño —le dijo Kitty, saltando sobre él.

—Gracias, tú también cielo —replicó—. ¿Preparada para lucir el anillo entre los invitados?

¿Anillo? Nunca pensó que esa palabra le iba a dar tanta repulsión. Kitty soltó una risita y los dos desaparecieron de la alcoba. Sin poder reprimir más las lágrimas que había estado conteniendo todo el día, sollozó quedamente contra las camisas que colgaban en el perchero de Frank. Lloró por el lío que había hecho de su vida y el vacío que sentía en su interior.

«Lo había perdido», eso pensó cuando Frank le puso el anillo a Kitty delante de todos. Lucy le sujetó una mano y se la apretó para darle ánimos. Ni todos los dioses del olimpo podrían haber hecho que se sintiera mejor. Por lo menos le quedaba el consuelo que lo había intentado. Bebió un sorbo de vino para pasar el nudo que tenía en la garganta. Fingió que lloraba de felicidad cuando Kitty se acercó para enseñarle su diamante.

—Oh, Alex, si te has emocionado cuando te he enseñado el anillo, no quiero imaginar cuando te diga que serás la madrina de la boda.

Lucy se atragantó con el vino y le pidió a Arthur que la sacara a bailar una auténtica danza griega antes que su estallido provocara una erupción. El paciente de Lucy se las ingenió para que ella accediera a la pista de baile, donde los músicos tocaban los instrumentos. Arthur logró robarle una sonrisa cuando le enseñó sus dotes de bailarín. Levantó una pierna a la vez que aplaudía por debajo de la rodilla.

—Soy patética —murmuró, enjuagándose las lágrimas de las mejillas—. No deberías estar cerca de mí sino quieres hacer el ridículo.

Arthur enarcó una ceja.

—¿Y se lo dices a alguien que caerá al suelo en cualquier momento?

Él logró sacarle otra sonrisa y pudo notar lo buen hombre que era.

—Gracias por habernos acompañado... —soltó un grito cuando Arthur la hizo dar varias vueltas—. No tenías por qué haber aceptado... —añadió.

—Lo hice por Lucy —respondió él, elevando la voz por encima de la música.

—¿Ella te gusta?

—Mucho...

—Por lo menos tu viaje no ha sido en vano.

Juntaron las palmas de las manos en alto y empezaron a girar.

—¿Se lo has dicho? —le preguntó él, señalando a Frank con el mentón.

Se mordisqueó el labio inferior y asintió con la cabeza.

—¿Y se ha comprometido igual?

—Tú lo has visto...

—Entonces debes dejarlo ir —le aconsejó.

«Como si fuera tan fácil». Arthur inclinó la cabeza y le susurró al oído:

—¿Sabes? Deberíamos darle una lección por lo tonto que ha sido al dejar escapar a la mujer que ama. Él no te ha quitado los ojos de encima desde que salimos a bailar.

Sus cejas se unieron. Tenía a Frank a sus espaldas y no podía verlo.

—¿Él está jugando con su reloj? —le preguntó.

—Lo está haciendo ahora mismo.

—Genial. Él está furioso.

Y antes que Arthur se aproximara para besarla, Frank estaba entre medio de ellos.

—¿Puedo bailar con Alex? —fue más una afirmación que una pregunta.

A ella se le escapó un chillido.

—No tienes que irte si no quieres Arthur.

Él miró a Lucy por encima del hombro.

—Será mejor que vaya a sentarme —repuso—. No quiero que el sueño me agarre desprevenido.

Frank apretó los labios cuando Arthur la besó tiernamente en la mejilla. Ellos bailaron en silencio, con las manos entrelazadas mientras sus cuerpos se balanceaban, respirando el aire del otro.

—¿Cómo puede gustarte la *bella durmiente*? —le recriminó.

—Por lo menos él es más hombre que tú.

Hubo otra pausa incómoda entre los dos.

—¿Estás bien?

—¿Acaso te importa?

—Sabes que sí.

—No voy a poder Frank.

Él frunció el ceño.

—¿Qué cosa?

—Que las cosas sean como antes.

—¿A qué te refieres?

—Que cuando me suba al avión mañana no quiero que nos volvamos a ver.

—¿Y qué hay de nuestra amistad?

—Ya no puedo ser tu amiga.

—No hablas en serio, ¿verdad?

—Quieras o no, nuestra amistad se rompió. Y es perverso de tu parte querer que sea tu amiga cuando sabes que te amo. Me lastima verte al lado de Kitty.

—Que quede en claro que yo no he sido el que te ha pedido esto —dijo a través de los dientes.

Y tampoco puso ningún impedimento.

—Entonces está todo aclarado.

—¿Y qué me dices de la *bella durmiente*?

—¿Qué tiene que ver Arthur con todo esto?

—¿Vas a casarte con él?

Ella sonrió solo porque sabía que lo irritaba más.

—Sí.

Frank se apartó de ella y la miró intensamente con sus ojos verdes.

—Bien... que seas muy feliz con él —sus palabras no fueron muy sinceras.

—Y tú también... —tampoco fue sincera.

Ella se volteó y se dirigió a la mesa con pasos largos. Se sirvió vino en una copa con las manos temblorosas. Apretó los labios para reprimir un grito. Estaba tan furiosa que no podía imaginar su vida sin Frank. Vació la copa de un solo trago. ¡Ni siquiera se había opuesto a la idea de no verse más! ¡Gilipollas! ¡Capullo! El día que le enviara la invitación de su boda se la pasaría por el culo y luego se la regresaría como regalo. ¡Ja! ¡Sería toda una obra de arte! Cogió un plato que estaba sobre el mantel y lo estalló contra el piso con todas sus fuerzas. Y de repente, los invitados estaban haciendo lo mismo. ¡Genial! Se había olvidado que se encontraba en una jodida fiesta griega.

15. NADA ES LO QUE PARECE

EMPEZÓ a armar su maleta a primera hora de la mañana. Tampoco tenía muchas cosas que guardar. Se sentó al borde de la cama y observó el sol deslumbrante que se ponía sobre el azul Egeo, provocando una explosión de color. Respiró hondo. Sacó sus gafas de sol del estuche y se los puso, había llorado toda la noche y no quería que la vieran con los ojos hinchados. Frank había tomado una decisión y de verdad quería que fuese feliz al lado de Kitty.

Frunció el ceño cuando creyó oír los gritos de Lucy. Salió al balcón y bajó la vista hacia el jardín.

—¡Alex! —chilló.

Apoyó los codos sobre la baranda de piedra y sonrió. Lucy se veía completamente alterada, como si la hubiese estado siguiendo Hades para llevarla al inframundo.

—¿Qué ocurre?

Lucy alzó la vista hacia el balcón y se protegió los ojos del sol con una mano.

—¡Baja ahora mismo! —le exigió.

Todavía les quedaba tiempo de sobra hasta que saliera el avión. No encontraba el motivo de su reacción.

—Pensaba desayunar primero...

—¡Baja ahora mismo o Frank le romperá el cuello a Arthur!

Los ojos de ella se abrieron como plato al tiempo que se llevaba una mano al pecho. No esperó a que se lo repitiera otra vez y salió de la casa a toda velocidad. Un Frank furioso era una deidad griega. Pero no entendía que había ocurrido para que él quisiera golpear a Arthur. ¿Qué cosa se había perdido en el lapsus de pocas horas?

—¡Tú eres la única que puede detenerlo! —exclamó su prima, sujetándola del brazo para llevarla hasta el rosedal.

—¿Qué ha pasado?

—Frank ha enloquecido...

Ella resopló cuando halló a Frank encima de Arthur dándole puñetazos. Si Arthur se había dormido, se estaba comportando como un abusivo. Puso los brazos en jarra y sacudió la cabeza.

—Frank Martin —dijo—. Suelta ahora mismo a Arthur.

Frank la miró por encima del hombro, entornando los párpados.

—No te cases con él, Alex —gruñó, con la respiración entre cortada.

¿Acaso estaba golpeando a Arthur por celos? El corazón le dio un vuelco, pero apartó esa fantasía porque alguien inocente estaba pagando las consecuencias: Arthur. De una zancada, se acercó a la riña y sacó a Frank de encima de su falso prometido.

—¿Qué ocurre contigo? —Le cuestionó, mientras se aseguraba de que Arthur todavía respirara.

Lucy la hizo a un lado y se encargó ella de él.

Frank se pasó una mano por el pelo revuelto y resopló. Se preguntó si había estado despierto durante toda la noche. Él tenía los ojos rojos e hinchados, y vestía la misma ropa que la fiesta de su compromiso. Y también apestaba a alcohol.

—¿Estás borracho Frank? Porque eso es lo único que puede llegar a justificar lo que acabas de hacer.

Frank cogió la botella de whisky que estaba entre el rosedal y bebió un trago.

—¿Por qué no le preguntas a la *bella durmiente* porque lo he golpeado? —replicó, señalando a Arthur con la botella.

Lucy sostenía la cabeza de su paciente entre sus manos, esperando a que Arthur despertara.

—Tendrás que explicármelo tú —murmuró, cruzándose de brazos.

Él achicó la distancia entre los dos y dejó sus narices muy cerca de la suya.

—No puedes casarte con un hombre que también le promete amor eterno a tu prima —farfulló—. Y no estoy arrepentido de haberlo golpeado y cuando despierte, lo volveré hacer.

Ella esbozó una sonrisa incrédula.

—¿De qué diablos estás hablando?

—¡Lo vi besando a Lucy! —estalló en cólera.

¡Joder! Le lanzó una mirada rápida a su prima y ella estaba tan roja como un tomate. Significaba que había besado a su paciente en medio del jardín. ¿En qué estaba pensando? Tragó saliva. No podía confesarle la verdad. No podía decirle que se lo había inventado todo solo para que él reaccionara. El avión saldría en unas horas y ellos no se volverían a ver. Y no quería que la última impresión de ella fuese el de una mentirosa.

Frank arqueó la ceja con gracia, invitando a una respuesta.

Ella abrió grande los ojos, como si estuviese sorprendida por lo que acababa de oír.

—¡Lucy! —Fingió su enfado—. ¿Cómo has podido hacerme esto?

Lucy soltó un bufido.

—¡Ya para con esto, Alex! —Gruñó—. Dile a Frank la verdad.

—Lucy... —dijo, a través de los dientes—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Qué verdad debes decirme? —preguntó, ceñudo.

Hizo una mueca con los labios.

—Ha enloquecido... —susurró, tocándose la sien con el dedo índice.

—¡Maldición, Alex! —Rugió Lucy—. Ella no es la prometida de Arthur y mucho menos se van a casar.

Ella cubrió los oídos de Frank con las manos.

—No la escuches...

Las cejas de él se unieron en un ceño que expresaba confusión.

—¿Arthur no es tu prometido? —indagó él, apartándole las manos.

—No, no lo es —respondió Lucy por ella—. Lo inventamos todo.

—¿Por qué?

—Es tu turno Alex...

Se encogió de hombro. Estaba todo perdido. Tragó un pequeño nudo que se le había formado en la garganta.

—No hay más nada que decir, Lucy lo ha dicho todo —dijo con la voz ronca.

Giró los talones y salió corriendo para irse de Grecia cuanto antes.

Dejó caer el cuerpo sobre el banco de piedra y se sujetó la cabeza entre las manos. Todo le daba vueltas y no era producto del alcohol. ¿Por qué Alex le había mentido?

—¿No vas a seguirla? —le cuestionó Lucy.

Alzó la vista hacia ella.

—¿Por qué debería hacerlo?

—¡Porque vas a perderla, idiota!

Se acarició las sienes con los dedos. Era un alivio saber que ella no tuviera nada con la *bella durmiente*, pero también le enfurecía que le hubiera mentido.

—Alex rompió nuestra amistad y me pidió que no la volviera a hablar.

Lucy puso los ojos en blanco.

—¿Y tú le creíste?

—¿Qué quieres que haga? Por si no lo recuerdas, me comprometí hace unas horas.

—¡Madre mía, Frank! —Gimió—. ¿Vas a seguir adelante con esa idiotez? ¡Alex te ama!

Él amaba a Alex, la había amado toda su vida y el hecho de que se hiciera realidad lo que siempre había deseado, le aterraba. Prefería aferrarse a lo seguro.

—kitty es una mujer...

—¡Kitty es una calcomanía de Alex!

¿Ella también salía con lo mismo? Tal vez tenían el mismo cabello, color de ojos, pero eran muy diferentes y cualquier idiota podía notarlo.

Alex era extrovertida y hacía cualquier cosa para obtener lo que quería.

Kitty actuaba con prudencia.

Alex era una mujer fuerte y no le importaba caer vez tras vez y volver a levantarse.

Kitty se refugiaba en los brazos de su padre.

Alex todavía lograba que su corazón le latiera a mil por horas cada vez que la tenía cerca.

Kitty... Kitty...

Alex lo conocía como nadie y podía hacer que se muriera de risa hasta cuando se hallaba enterrando a su madre.

Alex había estado a su lado en los mejores y peores momentos.

Alex brillaba por sí sola.

Y él se moría si la perdía.

—¡Joder Frank! ¡Has esperado toda tu vida para este momento y lo estás desperdiciando! ¡Qué cobarde eres!

Lucy ayudó a su paciente a levantarse del suelo cuando despertó.

—Entonces él no se la merece... —murmuró Arthur.

Apretó los labios y se levantó del banco de un tirón. Arthur se cubrió el rostro cuando creyó que iba a golpearlo nuevamente, pero en cambio, él lo abrazó.

—Gracias por haber apoyado esta farsa —le dijo—. Y... lamento haberte pegado.

Arthur se limpió el rastro de sangre que tenía en la nariz con la blusa y luego lo miró con los ojos entornados.

—Alex es una buena chica —repuso.

—Lo sé.

—Ella te mintió por amor.

—Lo sé.

—¿Y por qué diablos sigues aquí y no la has ido a buscar, capullo?

—No lo sé —expresó—. ¿Me has llamado capullo?

—Estamos a mano por las veces que me has dicho *bella durmiente*.

—¿Frank? —Dijeron a sus espaldas—. ¿Qué ocurre, cariño?

Tragó saliva. Debía aclarar las cosas con Kitty.

Lucy se aclaró la garganta.

—Iremos a buscar las maletas, ¿me ayudas, Arthur?

Él abrió grande los ojos.

—Oh, claro —repuso. Apoyó una mano en su hombro y añadió antes de alejarse—: Suerte.

Iba a necesitar más que suerte.

—Kitty... yo...

—¿Por qué Alex se fue sin despedirse? Ella me dio vuelta la cara cuando se subió al coche para que no viera que había estado llorando.

Él parpadeó.

—Espera un momento Kitty, ¿dices que Alex ya se ha ido?

Ella asintió con la cabeza.

Miró al cielo y resopló.

—Sé que vas a odiarme Kitty, pero...

—Amas a Alex.

Frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

—Cuando la vi por primera vez en el aeropuerto me di cuenta de lo parecidas que éramos y pensé que era una simple coincidencia —siguió—. Pero luego observé como la mirabas y como te ponías cada vez que ella le sonreía a su prometido.

—Arthur no es su prometido... —le aclaró.

—Intenté hacerme la idea de que estaba equivocada y que después del compromiso tú aclararías tus sentimientos —se quitó el anillo del dedo—. Cometimos un error, Frank. Nos dejamos llevar por el momento y tomamos una decisión apresurada —le dijo, poniéndole la sortija en la mano.

—¿Estás rompiendo conmigo?

—¿Amas a Alex?

Cerró los ojos y suspiró cansinamente.

—Sí.

—Entonces sí, estamos rompiendo —afirmó—. Ve por ella, Frank.

—¡Madre mía! ¿Pero de dónde has salido? No merezco a alguien como tú.

Kitty sonrió.

—Estamos en Grecia, en donde creemos que el amor verdadero no debe ser separado. El destino no nos quiere juntos.

Él cogió su rostro entre sus manos y le dio un beso en la frente.

—Te mereces al mejor hombre de la tierra.

—Creo lo mismo...

16. DULCE COMO UN BESO

INHALÓ aire por la nariz y exhaló por la boca. Sentía pánico cada vez que volaba y se había olvidado sus pastillas para dormir. Apoyó la cabeza contra el asiento y cerró la cortina de la ventanilla. Odiaba viajar sola. Lucy le había enviado un mensaje avisándole que se quedaría por más días en Grecia junto a Arthur. Sacó los auriculares del bolso para escuchar un poco de música y relajarse antes que el avión comenzara a despegar.

—Lindo día para viajar, ¿no? —comentó el pasajero que se sentó a su lado.

Ella lo miró por encima del hombro y se quedó sin palabras.

—Espero que no te moleste que compartamos varias horas de vuelo.

—¿Frank? —Dijo, como si estuviera viendo un espejismo—. ¿Qué haces aquí?

Él le dirigió esa sonrisa que le ocupaba todo el rostro.

—Creo que es más que obvio —respondió, apoyando el codo en el posabrazo—. Lucy me cedió su pasaje.

Echó una ojeada hacia atrás y frunció el ceño.

—¿Dónde está Kitty?

—En su casa...

La azafata les pidió que se pusieran el cinturón porque estaban a punto de despegar. La respiración comenzó a acelerarse. Frank le sujetó una mano entre las suya y se la apretó.

—Tranquila Alex, estoy contigo...

Su ceño se relajó.

—¿Y no deberías estar con tu prometida? —preguntó, apretando la mano de él con fuerza.

Frank la miró fijamente a los ojos.

—Estoy seguro que me encuentro en el sitio correcto.

—¿Acaso estás jugando una especie de broma conmigo?

Él se inclinó y frotó su nariz contra su mejilla.

—No.

—Porque si estás jugando conmigo, es perverso lo que estás haciendo.

—Kitty ha roto el compromiso.

Sus pestañas batieron como alas de mariposas.

—¿Por qué?

—Porque se dio cuenta que te amo y no quiso interponerse entre nosotros. ¿Todavía existe un nosotros Alex?

—Por favor, repítelo...

—¿Todavía existe un nosotros?

Sacudió la cabeza.

—Eso no... quiero que repitas lo que sientes por mí —le aclaró.

Él le sujetó el rostro entre las manos y apoyó la frente contra la suya.

—Te amo, te amo, te amo... ¿lo sigo repitiendo?

Arrojó los brazos a su cuello y sonrió.

—No, ahora quiero que me beses.

EPÍLOGO

Tres meses después...

ELLA se colocó encima de él y se apoyó en sus hombros, mientras se sentaba a horcajadas. Él se arqueó debajo de ella. Humedeció los labios, esbozando una seductora media sonrisa al hombre que le hacía el amor todas las noches. Echó la cabeza hacia atrás y pegó sus caderas a las suyas. Apoyó las rodillas en el colchón a la vez que empezaba a moverse, arqueando el cuerpo.

Frank le deslizó las manos por las piernas.

—Alex... —gimió él, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Shh...

Ella se cubrió los pechos con las manos, acariciándose los con sensuales movimientos. Apretando los pezones con los dedos. Él se inclinó y le puso la mano en la nuca, inclinándola hasta que quedaron tocándose las narices. Se miraron a los ojos hasta que los dos se corrieron y llegaron a la cima.

Frank cerró los ojos y le dio un beso cálido en los labios.

Ella rodó y se tendió a su lado, exhausta.

—Estuvo genial, nena —dijo él sin aliento, llevándola contra su pecho.

Soltó un resoplido cuando su iPhone empezó a vibrar sobre la mesita de noche. Frank se lo alcanzó. Era un llamado de Emma, su rara compañera de piso.

—¿Qué ocurre?

—¿Podrías quitar la blusa que arrojaste sobre la cámara del ordenador portátil?

Ella extendió un brazo y la movió. Sus cejas se unieron.

—Espera un momento, ¿cómo sabes que había una blusa sobre el ordenador?

—Porque no me ha dejado ver nada... —respondió como si fuese una obviada.

Se sentó sobre la cama, abriendo grande los ojos.

—¿Cómo has dicho?

—Al final tenía razón sobre Frank, él la tiene tan grande como la de tus esculturas.

—¡Emma! —chilló.

—No te preocupes, el exhibicionismo no me molesta.

Frank le mordisqueó el hombro y luego se lo besó.

—¿Exhibicionismo? —Repitió, arrastrando la voz—. ¡Estoy en mi jodida casa!

—Oh, vale, te has molestado —murmuró—. ¿Significa que debo quitar las cámaras de todas las habitaciones?

Cambió el aparato de oído.

—¡Ya deja de espiarnos! —rugió.